

MARÍA ESTHER  
NÚÑEZ

---

EL  
**EXILIO**  
DEL CUERPO





**Dr. en D. Jorge Olvera García**  
Rector

**Dr. en Ed. Alfredo Barrera Baca**  
Secretario de Docencia

**Dra. en Est. Lat. Ángeles**  
**Ma. del Rosario Pérez Bernal**  
Secretaria de Investigación  
y Estudios Avanzados

**Dr. en D. Hiram Raúl Piña Libien**  
Secretario de Rectoría

**Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso**  
Secretaria de Difusión Cultural

**M. en C. Ed. Fam. María de los Ángeles**  
**Bernal García**  
Secretaria de Extensión y Vinculación

**M. en E. Javier González Martínez**  
Secretario de Administración

**Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna**  
Secretario de Planeación y Desarrollo  
Institucional

**M. en A. Ed. Yolanda E.**  
**Ballesteros Senties**  
Secretaria de Cooperación Internacional

**Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez**  
Abogado General

**Lic. en Com. Juan Portilla Estrada**  
Director General de Comunicación  
Universitaria

**Lic. Jorge Bernaldez García**  
Secretario Técnico de la Rectoría

**M. en A. Emilio Tovar Pérez**  
Director General de Centros Universitarios  
y Unidades Académicas Profesionales

**M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla**  
Contralor Universitario

# El exilio del cuerpo

JURADO

Rodolfo Santullo, de Uruguay

Diego Simini, de Italia

Doménico Chiappe, de Perú

Mauricio Montiel Figueiras, de México

Pedro Enríquez, de España

María Esther  
Núñez

EL  
EXILIO  
DEL CUERPO



UAEM | Universidad Autónoma  
del Estado de México

*“2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México”*

Primera edición, agosto 2016

*El exilio del cuerpo*  
María Esther Núñez

Imagen de portada: Alicia Romo

Universidad Autónoma del Estado de México  
Av. Instituto Literario 100 Ote.  
Toluca, Estado de México  
C.P. 50000  
Tel: (52) 722 277 38 35 y 36  
<http://www.uaemex.mx>  
[direccioneditorial@uaemex.mx](mailto:direccioneditorial@uaemex.mx)



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución 2.5 México (CC BY 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Núñez, María Esther (2016), *El exilio del cuerpo*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, ISBN: 978-607-422-732-1.

ISBN: 978-607-422-732-1

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

*A Cristina Caballero de Akaki,  
por todo eso que cabe en la palabra:  
Hermana.*

*A Rosa Nissan, por compartir  
y compartirse tan lúcida  
y amorosamente.*



# Contenido

Presentación 11

Prólogo 13

## PARTE UNO

El exilio 17

## PARTE DOS

El cuerpo 93



## PRESENTACIÓN

¶ LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO (UAEM), a lo largo de su trayectoria, ha tenido en cuenta la importancia de difundir el trabajo intelectual de jóvenes o experimentados literatos. Por esta razón, desde hace trece años instauró el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, certamen que convoca a escritores de habla hispana a presentar sus creaciones, con el fin de dar a conocer las nuevas formas de manifestarse literariamente. Desde su primera edición, la convocatoria fue abierta a escritores de talla internacional.

Para esta emisión 2015-2016, se recibieron 126 obras, resultado de la participación de novelistas y cuentistas nacionales y extranjeros. La credibilidad del certamen se ha dado gracias a la participación de los integrantes del docto jurado: Rodolfo Santullo de Uruguay; Pedro Enríquez de España; Mauricio Montiel Figueiras de México; Diego Simini de Italia y Doménico Chiappe de Perú. La discusión se llevó a cabo de manera tanto virtual como presencial; el incremento en la cantidad y calidad de las obras denotó el prestigio del premio y, en consecuencia, una mayor exigencia para el fallo final, por lo que se optó por otorgar dos menciones honoríficas.

El veredicto unánime fue premiar a la novela *El exilio del cuerpo*, de la escritora mexicana María Esther Núñez Herrera, obra que causó el asombro entre el comité dictaminador por su estilo, controversial contenido e innovadora forma de narración.

La primera mención honorífica fue para la obra *El varado*, del mexicano Pablo André Rodríguez Cabello; la segunda fue para la selección de cuentos de ciencia ficción: *Paracosmos*, de Gerardo Sifuentes Marín, también mexicano, las cuales son igualmente publicadas, con el fin de fomentar y difundir la actividad literaria, tanto entre los talentos emergentes como en el gran público lector.

Esperamos, queridos lectores, que la decisión del jurado forme en ustedes el interés por la fuerza creativa a fin de sumergirse en los mundos generados por estas obras lúcidas y lúdicas y encuentren en ellas gran regocijo intelectual.

DR. EN DERECHO JORGE OLVERA GARCÍA  
Rector

*Agosto, 2016*

## PRÓLOGO

### Cuerpo, dolor y exilio, la novela de María Esther Núñez

¶ ¿CÓMO OCULTAR LOS DEFECTOS FÍSICOS en una sociedad que se rige por el culto a la belleza? ¿Cómo simular que gozamos de buena salud cuando el dolor nos paraliza? ¿Cómo reconciliarnos con un cuerpo que no nos responde? ¿Cómo explorar las posibilidades de la sensualidad y a la vez exiliarnos de la poca fe que nos proporciona un cuerpo que creemos deficiente? A todas estas preguntas responde Diana, la protagonista de *El exilio del cuerpo* a quien las cicatrices de varias cirugías en una de sus piernas le recuerdan el sufrimiento que la acompaña desde su niñez y se asemeja a los castigos de *La colonia penitenciaria* de Kafka o a las cadenas marcadas en los tobillos de Dostoievski o al número tatuado en el antebrazo de Primo Levi. Las cicatrices son una profanación porque en determinado momento algo o alguien penetró nuestra epidermis, dermis e hipodermis y nos dejó una huella imborrable.

María Esther Núñez nos presenta a Diana, una fotógrafa obsesionada por los cementerios, es el *alter ego* de Diane Arbus, a quien admira, pero a diferencia de la gran fotógrafa norteamericana, no opta por el suicidio sino por el silencio de las tumbas, y, así como Arbus eligió sus modelos entre

gemelos, alienados, contrahechos y gente de circo (*freaks*), la Diana mexicana escoge fotografiar su pierna deforme, sus cicatrices, el cuerpo de su madre muerta, las tumbas con sus epitafios y se pierde entre las criptas de París para descubrir en una de ellas el placer al acostarse encima de un hombre, aunque sólo se trate de una estatua de bronce porque el exilio (al sentirse fuera de su país y de la casa paterna) le otorga una libertad hasta entonces desconocida. De allí la búsqueda desesperada del erotismo, primero junto al joven de bronce y luego al lado de uno de carne y hueso que la defrauda al comprobar que el acto sexual se parece más al de “un perro callejero de ojos vidriosos montado en su perra” que a la entrega “pura” que ella idealizó.

En cuanto Diana corta el cordón umbilical que la ata a su madre adquiere autonomía y se desprende de un organismo que no le pertenece, así, oscila entre dos cuerpos, de ahí el título de la obra. Por un lado, el cuerpo que padece dolor, vergüenza y los estragos de varias cirugías y, por otro, el que sus manos acarician encima del yaciente de bronce. Su cuerpo no es el que se entrega sediento en la primera relación sexual para replegarse, tampoco es el que comprueba que sus deseos son correspondidos por otra mujer.

Diana, la protagonista de la novela de María Esther Núñez, siente miedo de la mirada de los otros y prefiere fotografiar cementerios en vez de rostros. También la irrita la compasión. La muerte no discrimina y ante ella —como lo vio Posada— todos somos tibias y metacarpos, huesos colgados de un hilo: ricos y pobres, sanos y enfermos, agraciados y deformes, santos y pecadores.

Esta novela obtuvo el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” 2015-2016 que cada año otorga la Universidad Autónoma del Estado de México. En *El exilio*

*del cuerpo* el lector encontrará la prosa clara a la que ya nos tiene acostumbrados María Esther Núñez, quien ha ganado varios premios a nivel nacional e internacional y que, a diferencia de su protagonista, lanza un clic directo a nuestra cara. De nosotros depende enfrentar el disparo o esconder la cabeza como lo acostumbramos cada vez que se habla de temas centrados en el dolor físico.

ELENA PONIATOWSKA



PARTE UNO

EL EXILIO



*Mi primer recuerdo: Escucho a papá que corre apresurado a la casa de enfrente donde vive un doctor de nombre Juan para que venga a atender a mamá quien está a punto de darme a luz. Llueve a cántaros. A mamá no la oigo. No siento nada. Eso recuerdo.*



¶ HAN PASADO DOS SEMANAS desde la noticia, tiempo en que su cara, a pesar de estar alegre, no ha dejado de mostrar ciertos rasgos de miedo infantil como cuando estaba a punto de entrar a la Casa del Horror de alguna feria. La mañana es limpia pero no puede apreciarla porque amaneció nuevamente con dolor en la pierna. Toma del anaquel del baño un pequeño frasco y saca dos analgésicos: ignora al médico quien le ha dicho que tenga cuidado que su hígado que las adicciones: lo único que le interesa es que desaparezca el monstruo para poder seguir viviendo. Ha terminado de empacar, junto a la puerta está su maleta, su portafolios con el catálogo de fotografías, la cámara, una laptop. Su madre vendrá a buscarla en un par de horas para llevarla al aeropuerto. Aprieta los labios y camina inquieta por el pequeño departamento, sus pasos resuenan sobre la duela. Trasladarse a París a recibir un reconocimiento le parece fascinante: el inicio de una aventura en una ciudad donde nadie la conoce, un anonimato que le permitirá, tal vez, atreverse a todo.

\*\*\*

El trayecto al aeropuerto le parece eterno porque su madre no cesa de hablar sobre lo contenta que está porque su hija va a Europa a recibir un premio: estoy tan orgullosa de ti no te preocupes por nada yo estaré bien... Diana se evade mirando las calles que van quedando atrás con la rapidez de una película vista una y otra vez.

Ya en el aeropuerto pasa al mostrador y hace todo apresuradamente, como si en lugar de dos horas antes hubiera llegado con retraso y el avión estuviera a punto de partir sin ella. Al concluir los trámites se tranquiliza imaginándose sentada en el avión con la cabeza inclinada leyendo la biografía de Diane Arbus que trae en el bolso, una fotógrafa suicida con quien se identifica no solamente por llevar el mismo nombre y tener la misma profesión: una mujer cuyas fotografías buscan develar lo que nadie quiere ver: la belleza monstruosa, las almas oscuras, quitar los velos a lo trivial. Es el tipo de trabajo que a ella le gusta hacer.

\*\*\*

Acompaña a su madre al estacionamiento. Las dos mujeres caminan lento y pesado una al lado de la otra, miran al piso como animales arando. Se despiden con un abrazo largo y silencioso. La última imagen que ve de su madre no es el rostro demasiado pálido: es la parte posterior de su carro azul que se aleja llevándose un brazo levantado por fuera de la ventanilla haciendo movimientos cortos y nerviosos, el brillo dorado de un reloj barato que la hija un día le regaló. Los números de una placa de la Ciudad de México. Clic.

\*\*\*

Eva está de regreso en casa tras haber dejado a su hija Diana en el aeropuerto. Se deja caer sobre la cama y mira los objetos envejecidos a su alrededor, cierra los ojos y frunce el ceño como si pensara en lo vacía de vida que se encuentra. Se queda dormida hasta que la despierta su hermana Clemen: y cómo se fue Dianita, Eva, cuéntame. Pues ya te imaginarás, feliz de

irse sin mí –contesta con franca ironía mientras se incorpora. No digas eso, mujer, debes de estar muy orgullosa de ella. Lo estoy, lo estoy... aunque no me explico qué le vieron de especial a esas fotografías: puras tumbas, puro muerto, ¿qué les habrán visto?

Se dirigen a la cocina donde Eva se detiene bruscamente y se le empieza a congestionar el rostro, su respiración se torna difícil y superficial. Clemen sabe de qué se trata y corre a la recámara de donde trae un atomizador que Eva se lleva a los labios y aspira hondo. Clemen le palmea la espalda como a un bebé atragantado y la crisis va cediendo poco a poco hasta dar paso a un resuello sibilante.

Clemen está preocupada, no le gusta el semblante pálido y abotagado de Eva: me da miedo que una crisis de éstas te lleve al hospital, a veces te pones tan mal. No tienes buena cara.

Las hermanas se quedan en silencio mientras Eva recupera el ritmo de su respiración. Clemen toma sorbos breves de café sentada con la espalda erguida, midiendo los sonidos pulmonares de su hermana: ¿te sientes mejor? Sabes una cosa, contesta Eva, tengo ganas de morirme. Su tono de voz es seco, sin dramatismo; la mirada fija en la taza de café como un pozo sin fondo, y añade, bueno, no exactamente morirme, no te asustes. Quise decir... desaparecer. Me doy cuenta que la vida sin mí sería más fácil para mi hija. Estoy tan vieja... sería hasta un acto de amor...

Después de un viaje difícil y cansado, Diana se hospeda, siguiendo instrucciones, en el hotel *Apollinaire* que se encuentra en una calle inquietante donde predomina una amplia gama de grises como en las fotografías de *Bresson*. La tonalidad de la ciudad entera le hace sentir que su viaje es al pasado aunque ésta sea la primera vez que visita París. Después de registrarse, un hombrecito moreno y serio sube las maletas a la pequeña habitación. Ella va hacia la ventana para mirar ese fragmento de ciudad que será exclusivamente suyo cada vez que descorra la cortina. Se vuelve y da las gracias en su francés de escuela de monjas.

El dolor de la pierna se ha incrementado con el ajetreo del viaje, necesita descansar: se tiende sobre la cama sin deshacer la maleta. Cierra los ojos y piensa en lo lejos que se encuentra de lo que fue su vida hasta hace unas horas. Después de un rato de silencio se levanta, saca la cámara de su bolsa de viaje y camina hacia la ventana: enfoca el trozo de ciudad que pende frente a ella: un portón de madera pintado de rojo. Tres pequeños escalones que dan a un viejo portal encristalado de lo que parece una tienda de antigüedades. La acera rota. Un papel arrugado. Clic. Clic. Clic.

\*\*\*

Tras un descanso decide salir a la calle, se sube a un taxi y pide al chofer que la lleve al cementerio *Père-Lachaise*. Descubre con alegría que lo tiene a corta distancia. Permanece unos instantes de pie frente a la entrada principal que la conmueve, luego cruza el umbral con una solemnidad acentuada por su

cojera dando la impresión de arrastrar algo más pesado que un cuerpo. Se encuentra en una ciudad dentro de otra: un sitio donde todos sus habitantes callan, un espacio con un alma enorme y colectiva con una vegetación salvaje pero discreta que se abre paso con lentitud de siglos. Desconfía de lo que ve, le atrae lo que ignora y supone ser capaz de descubrirlo con ayuda de la fotografía: develar lo que no se ve, aquello que pudiera provocar sobresalto estremecimiento preguntas. Mira a través de la lente, luego mira eso mismo de manera directa, vuelve a la lente tratando de insertar lo que vio para atraparlo dentro de su caja negra. No se decide. Camina por el centro de una avenida interior tapizada de adoquines polvosos, vuelve el rostro al cielo y ve un ave que rema con sus alas el cielo blanquecino. Quisiera ser ese pájaro cuyo vacío está en el suelo mientras que el de ella está en lo alto. El ave desaparece. Diana enfoca el cielo buscando las huellas que su pájaro dejara en las alturas. Clic.

A ambos lados tumbas ruinosas muertas de olvido y de vejez. Le gustan las lápidas desgastadas cuyos epitafios no pueden leerse con claridad: enfoca fragmentos de palabras, fechas, crucifijos rotos, vírgenes sin brazos y sin niño. Trozos amorfos de mármol. Clic. Clic. Clic. Ve al final de la avenida lo que parece ser la zona más antigua: mausoleos grisáceos como enormes bueyes echados al sol. El silencio no la agobia porque es un silencio verdadero. Las calzadas del cementerio están bordeadas por filas de bloques sin plan ni estilo; considera que bajo cada lápida hay un ser escondido que se ha plegado sobre sí mismo al escuchar pasos humanos: una bella monstruosidad en duermevela. El entorno mohoso y blando por las flores pestilentes impregna sus pulmones. Se acerca a una cripta en forma de capilla con un vitral roto de colores pardos. En su interior descubre un marco deslustrado con la imagen de

una mujer elegante de mejillas artificialmente rosadas, un florero de metal con restos de un ramo de azucenas de papel: el mundo antes del mundo: clic.

De pronto ve algo que la petrifica: una mujer de carne y hueso está inclinada besando y acariciando con vehemencia lo que a esa distancia le parece un hombre de bronce tendido sobre una tumba. No entiende nada, la escena la perturba y la hipnotiza; suspendida en el tiempo no puede apartar su mirada mientras intenta encontrar alguna explicación; se acerca un poco para tomarle una fotografía a la extraña pareja, pero el tenue ruido de sus pasos es suficiente para alertar a la mujer quien se pone en pie y huye rápidamente.

Después de unos segundos Diana recupera el aliento y decide aproximarse al lugar, pisar ese escenario cuya representación no puede descifrar. Se trata de una plancha rectangular de piedra y, sobre ella, con perfiles de volcán, se encuentra boca arriba un hombre perfectamente esculpido en bronce: un hermoso joven que, pareciera, acaba de ser asesinado. Un casi vivo que por alguna razón no le es desconocido. Tiene desgastadas partes del rostro, especialmente los labios y la protuberancia del pantalón que corresponde a los genitales. Las zonas erosionadas han adquirido un tinte rojizo que sugiere el color de la sangre coagulada. La expresión de su rostro es de una gran desolación.

El pensamiento de Diana se condensa en un punto definido y exacto, empieza a comprender lo que acaba de presenciar: el poder de seducción de la escultura es intenso, inevitable. No puede resistirlo y se deja llevar sin contenerse: se acerca a él: cierra los ojos: como si se tratara de una imagen fotográfica puede adivinar el momento exacto en el que se desplomó. Percibe olor a sangre. Su corazón se acelera y, siguiendo un primer impulso, se arroja sobre el hombre de

bronce: se tiende cubriéndolo con su propio cuerpo como si se tratara de un amante moribundo. Le acaricia las mejillas, le besa el rostro, quiere decirle algo pero sólo atina murmullos imprecisos que no llegan a palabras. No entiende cómo es que lo han abandonado ahí, agonizando para siempre sin terminar nunca de morir del todo. Recorre con sus manos el cuerpo frío para darle calor, revivirlo. Frota contra él sus muslos, sus pechos blandos y calientes. De pronto, escucha pasos. El tiempo se condensa a su alrededor sin que sea capaz de moverse, atenta solamente a los sonidos de ese alguien que se acerca. Se incorpora y, antes de dejar el lugar, lee: *VICTOR NOIR. 1848-1870. Journaliste. Clic.*

Sus pasos rápidos trituran cientos de tréboles sin suerte amarrados al suelo en las orillas del sendero. Víctor Noir la intriga pero no siente congoja sino algo comparable al estremecimiento del amor. Cerca de la salida se sienta en una banca solitaria y se dispone a observar a la gente que pasa, desea que esta visión la lleve a algo distinto a Víctor. La imagen de sí misma sobre el muerto la confunde aunque de pronto encuentra en todo ello algo profundamente natural; pero la escena que presencié con la otra mujer le llega a la cabeza y se altera, le produce un sentimiento muy cercano a los celos y, eso sí, le parece ridículo. La pierna protesta y es entonces cuando puede pensar en otra cosa: la acomoda girándola hacia adentro y dobla la rodilla en actitud de levantarse y dar un paso que no da.

Empieza a oscurecer, no sabe cuánto tiempo ha pasado. Sola y feliz piensa en su madre más sola y menos feliz que ella, seguramente sentada a la mesa de la cocina comiendo con desgana porque su única hija se fue a París. Su madre asmática, su madre vieja, su madre estoica. De inmediato la saca de su cabeza, se pone de pie y camina sin prisa rumbo a

la salida pendulando la cadera. Se percibe como alguien que perteneciera a la secta más espiritual del mundo: una cofradía cuyos miembros no se conocen.

\*\*\*

El joven jardinero está acostumbrado a estos espectáculos, muchas chicas parisinas lo hacen, siguiendo una vieja leyenda, para conseguir marido; sin embargo, en esta ocasión hay algo distinto que hace que no ahuyente a la mujer del blusón bordado de flores amarillas que se acaba de tender sobre Víctor. Se queda mirando desde lejos sin hacer ruido, contiene la respiración. La mujer no es muy joven ni muy bella. Pero es inevitable darse cuenta de que ninguna otra ha sido tan atrevida. Aferrado como mosca a un cadáver mira la creciente pasión con que ella palpa y besa a Víctor Noir: un flujo de roces y manoseos primero suaves luego casi violentos: una perra en brama: una monja: una dulce asesina. Es una visión que parece perturbarlo más a medida que pasan los minutos: contempla absorto la entrega de la mujer y, aunque no alcanza a descifrar lo que ella murmura al oído de Víctor, tal vez imagina algo delicado y sucio como un poema de amor. Contempla la redonda cadera femenina girar vigorosa sobre la escultura. Román desliza una mano bajo el pantalón, extrae su miembro, lo frota arriba abajo arriba abajo hasta que llega la explosión que se esparce sobre el suelo de yerbas. Tambaleante, se apoya en un árbol para no caer. Pisa unas hojas secas y es entonces cuando la mujer levanta la cabeza con un movimiento animal. La ve incorporarse con rapidez y salir huyendo después de tomarle una fotografía al muerto de bronce. Al verla de espaldas Román percibe una cojera que hace que le brote una mueca turbia.

\*\*\*

A partir de entonces, el joven jardinero pasa las tardes aseando la tumba del periodista asesinado dedicándole mayor esmero y tiempo que antes, como si ambos, él y Víctor, estuvieran esperando el regreso de la mujer de la cámara y no quisieran que se decepcionara. Toma flores frescas de los mausoleos contiguos que dan al silencio un toque de bullicio. Pareciera que ahora su vida gira alrededor de esa tumba y de ese muerto que estuvo a punto de resucitar ante sus ojos. Mira constantemente a ambos lados del sendero. Espera a la mujer intrigado por su cámara: un objeto mágico, un objeto de deseo igual que ella misma.

\*\*\*

Después de varios días, ella vuelve. En cuanto Román la ve aproximarse a la tumba de Víctor, se aparta con discreción. Diana ha elegido media semana, cerca de la hora de cerrar el cementerio, cuando hay menos gente y el sol es tenue y respetuoso, las sombras se han vuelto dulzonas y bien dispuestas para el amor o para una excelente fotografía. La mujer da pasos lentos alrededor de la tumba con los ojos clavados en Víctor. Después de dos o tres vueltas explora con la mirada los alrededores y se dispone a repetir su secreta ceremonia. Román permanece quieto en su escondrijo, oculto entre arbustos y monumentos: enardecido aún más que la primera vez. Ella lleva a cabo el mismo ritual amorio con la soltura de los viejos amantes. Su cuerpo pasa de la vibración al temblor, mueve sus brazos, sus muslos, su pecho, besa acaricia palpa fricciona y, luego, el convulso estremecimiento que no miente. Afloja el cuerpo y se recuesta junto a Víctor.

Sin apenas incorporarse, con languidez, estira un brazo y toma del suelo su cámara: los botines de bronce, los pliegues del saco, una mano. Clic. Clic. Clic. Se pone de pie y alisa su ropa con ambas manos. Lee de nuevo: Víctor Noir. Clic. Y se aleja con pasos satisfechos.

Román ha seguido muy atento todo lo que ahí ha sucedido. Tras una rápida eyaculación, se apodera de su rostro un gesto viscoso e insondable, luego tensa el cuerpo y da un paso al frente como dispuesto a ir tras ella, quizá tomarla de los hombros, quizá girarla hasta tener ese rostro frente a frente para escudriñarlo. Preguntarle qué oculta dentro de esa cámara. Se contiene.

La tarde aún no se extingue. Después de casi todo un día encerradas en el laboratorio fotográfico, Diana y la curadora Marie salen a la calle cuya luz las deslumbra como si abrieran los ojos después de una larga noche. Diana muestra un interés que está lejos de sentir, la ceremonia inaugural no le ilusiona: en el fondo, no le gustan los seres humanos: les teme. Disfruta imaginando un mundo solitario, sin gente, sólo paisajes espectaculares o interesantes objetos cotidianos que descubre en cada sitio por el que pasa y que, al capturarlos con su cámara, narrarán como un diario visual su vida a su padre muerto quien lo leerá desde ese lugar oscuro en el que se encuentra. Diana sólo puede tolerar personas de una en una y de vez en cuando, más de eso le despierta una gran inquietud, le empiezan a sudar las manos, el corazón se le acelera y entonces da por hecho que los demás se dan cuenta y pobrecita es tan rara, y de nuevo la sensación de ser una marginada. Considera la vida como el mar a donde te arrojan al nacer e instintivamente empiezas a dar brazadas caóticas y ridículas para sobrevivir. Tan ridículas como hundirte en las profundidades del océano o como la ceremonia de premiación a la que tendrá que asistir.

La presencia de Marie le produce un agrado incómodo, no está acostumbrada a tantas atenciones ni a ser mirada de esa manera intensa. Al darse cuenta de que es demasiado tarde para visitar a Víctor acepta la invitación de Marie para ir a tomar un poco de vino a un lugar cercano, sitio de reunión de fotógrafos y escritores. Con la luz reblandecida del sol sobre sus cabezas se dirigen a la estación *Saint-Lazare*. Atraviesan un arco de herrería negra *art-déco* y empiezan el descenso por

unas escaleras mal iluminadas. Marie baja despacio al ritmo de los pasos lentos de la fotógrafa; tras el último escalón se abren pasillos largos malolientes de donde salen notas graves de saxo. Diana siente que la caminata está siendo excesiva para su pierna pero no lo dice; llegan al sitio donde un joven con un pañuelo rojo atado a la cabeza empuña un saxofón brillante y luminoso. Saca su cámara, enfoca los dedos largos y oscuros que sostienen el instrumento, pregunta con un gesto y, cuando el hombre da su anuencia con una inclinación de cabeza: clic. Las mujeres permanecen un rato más, luego siguen su paso hasta los vagones dejando antes unas monedas en un estuche forrado con terciopelo verde.

La travesía es veloz, las escaleras de salida interminables, por fin: la calle, el sol, se detienen en un café con unas cuantas mesas pequeñas con manteles de cuadros azules y blancos, un florero al centro y gente joven vestida con esa clase de atuendos que dejan ver su desprecio por lo convencional. Antes de sentarse a una mesa en la acera, Diana observa detenidamente un desgarró en el mimbre de su silla que parece no soportará el peso de nadie: clic.

Esta tarde le parece que el decorado es espléndido: París, el otoño, el techo de cielo que las cubre. El gorjeo de voces del lugar. ¡Garçon, s'il vous plâit! Le gusta escuchar la nueva tonalidad que su voz adquiere al pronunciar el francés que le enseñó en la escuela la madre Martelli. Su idioma natal se aleja con todos sus significantes que permanecen en un México a miles de kilómetros de distancia.

Las dos mujeres inician una conversación sobre temas de trabajo, que si el formato de las fotografías que si el orden que si la prensa invitada, todo eso que en realidad a Diana le tiene sin cuidado. Lo que a ella le importa es París, un París lleno de viejos cementerios. En algún momento Diana saca un analgésico de

su pastillero. Marie se da cuenta pero no pregunta y la plática fluye como entre cualquier par de buenas amigas. Marie quiere saber de su vida en México: su afición por la fotografía: por los cementerios. Es algo inusual, le dice. Cuéntame, ¿te atrae la muerte? No, responde Diana. Me atraen los muertos.

Sentadas una frente a la otra se vuelven parte natural del paisaje urbano de cualquier viernes parisino. Conforme avanza la tarde Diana se deja seducir por la calidez de Marie, se empieza a sentir cómoda con ella como si la conociera de mucho tiempo atrás: le gusta esta mujer mayor de gestos aristócratas y un delicioso toque de vulgaridad. No se maquilla y el tono blanquecino de su rostro le parece hermoso. Marie es robusta, de pelo rubio entrecano, largo y lacio como hippie sesentera y unos ojos muy azules que no podrían ir mejor en ningún otro rostro. A media conversación Marie ladea la cabeza y en un gesto automático levanta el brazo derecho para acomodar su cabello tras el oído izquierdo. Diana le sonrío detenida en ese movimiento que hubiera querido fotografiar.

Entre Diana y Marie se instala un grato silencio y dan un sorbo a su vino tinto caliente mientras se filtra de manera inadvertida la plática de la mesa de junto. Es un grupo de hombres de mediana edad con acentos desconocidos que les dan un aire mundano y cautivador. Después de unos minutos Diana se cuelga al cuello su cámara antes de dirigirse al baño, no puedo apartarme de ella, en cualquier lugar puede aparecer algo interesante ¿no crees?, le dice a Marie en tono de disculpa y, justo al cruzar la mesa de los mundanos cautivadores, tropieza con un desnivel del piso y acaba en el suelo boca abajo. Pasma general. Brotan manos que se extienden para ayudarla a incorporarse. Ella ya ha vivido esta situación. Con el cuerpo y la mejilla aún pegados al suelo se dilatan los instantes donde caben los recuerdos:

La primera vez que sucedió fue a la salida del hospital: le habían quitado un tumor del fémur que se llevó consigo la totalidad de ese hueso largo e imponente, que fue sustituido por una prótesis de titanio. Aquella mañana la casi adolescente había rechazado la silla de ruedas que se le ofreció –le había prometido a su padre nunca comportarse como inválida. Cruzó el umbral del hospital de pie, con unas muletas nuevas que impedirían que la gente dijera al mirarla: pobrecita. La pierna derecha envuelta en vendas era una pata blanca de elefante que no debía apoyar en el suelo: un espectáculo de circo sin *glamour*, de esos que pertenecen a la categoría de lo posible donde las carcajadas no brotan sino más bien uno que otro gesto de conmiseración. Su padre a un lado de ella con la mirada al frente, ella con la misma actitud y la madre detrás, con el rostro cabizbajo. Los tres en silencio. De pronto la joven pierde el equilibrio y cae, las muletas quedan como perros de metal echados a un lado y, antes de que la vergüenza se haga cargo, el padre la levanta de ambas axilas con un movimiento rápido y preciso. Nadie dice una palabra. Nadie habló nunca de esa caída. Como si se tratara de algo obscuro, impronunciable. Para ella lo fue: había perdido esa primera batalla: fue instalada en la silla.

Su padre era un hombre de facciones grandes, un gigante sonriente y optimista hasta la estupidez, amante de su hija y de su mujer quien lo quería entrañablemente como a un hijo al cual había que cuidar incluso de sí mismo, de su propia indefensión. El hombre murió en el patio de su casa poco tiempo después de aquella cirugía: cayó de una barda donde hacía equilibrios peligrosos para alegrar a su única hija que, impotente desde su silla de ruedas, lo miró desplomarse y morir de un golpe en el cráneo.

Ahora, tendida sobre esta extraña acera de un café parisino, añora a su gigante de la infancia. Permanece un instante más sobre el piso: no puede abrir los ojos atestados de recuerdos. Se desliza fuera de su memoria y al regresar al presente piensa que alguien debería tomarle una foto ahí mismo, tumbada boca abajo en medio de tanta gente. Al fin abre los ojos: frente a ella unos zapatos viejos e impecables. Toma con rapidez una de las manos anónimas que se le ofrecen y se incorpora con olor a tierra francesa en la nariz. Sujeta una mano de gruesas venas bifurcadas y dedos oscuros. Le gusta su fuerza. Se aferra. *Merci.*

Ya sin Marie, Diana termina en el café *Les Deux Magots* del refinado barrio *St-Germain-des-Près*, sentada frente al hombre de manos fuertes que la levantó del suelo: moreno, bajo de estatura, nariz torcida y ojos inteligentes en una cabeza de cabellos rizados. Zapatos negros impecables. Ella está emocionada, por primera vez se encuentra a solas con un hombre que apenas ha conocido en la calle y presiente que algo importante está a punto de suceder. No le viene a la cabeza que si gorda que si coja que si totalmente inadecuada; la presunción de libertad con que llegó a París empieza a germinar.

El joven Jean Claude inclina el cuerpo hacia ella hablándole en voz baja: eres fotógrafa ¿verdad? Bueno, no es sólo porque traes una cámara, no te rías, sino por la manera en que la protegiste al caer. Eso sólo lo hace alguien que ame mucho a un animal de éstos. Diana le sonrío, le gusta la gente interesada en los detalles. Jean Claude lleva el peso de la conversación, le cuenta que es fotorreportero y ha recorrido muchos países con su profesión; ella percibe que él quiere impresionarla y le hace gracia. Luego Jean Claude empieza a contarle dónde vive, quienes son sus amigos del café y es cuando ella deja de prestarle atención. La vida cotidiana de los otros no le interesa, su curiosidad se centra en las minucias: cómo mueven las manos o los ojos, la gestualidad de un rostro, los zapatos, el largo de las uñas. Y de este hombre todo parece agradecerle, excepto sus palabras que considera demasiado armadas y congruentes. Antes de decidir si alguien le simpatiza, se lo imagina muerto: busca la belleza de ese cuerpo inerte: la limpia palidez de la piel, los rasgos de la cara que se afilan, los pómulos elevados de las almas generosas. Si no encuentra

todo esto, esa persona pierde su atractivo. Lo que a ella le importa son los muertos, así que cuando el joven empieza a contarle que el lugar en el que se encuentran era frecuentado en el siglo pasado por fotógrafos legendarios como *Kertész* y *Capa*, regresa toda su atención a la mesa. Diana siente que la atmósfera se vuelve difusa y envolvente gracias al poder de su propia evocación. Qué interesante, sígueme contando, le pide mientras se acoda sobre la mesa con sus manos bajo el mentón.

Antes de proseguir, Jean Claude llama al mesero levantando apenas dos dedos de su mano, Diana sonrío pensando que ese es un ademán más propio de curas a punto de impartir una bendición, que de fotógrafos.

Después de agotar anécdotas sobre *Kertész* y *Capa*, Jean Claude le pregunta a Diana qué la ha llevado a París; ella le cuenta brevemente de su premio, de sus fotografías mexicanas. Teme aburrirlo pero, para su sorpresa, él se entusiasma enseguida con ese quehacer de cementerios: le parece exótico, atractivamente oscuro y le ofrece llevarla a los panteones más antiguos de París para que tome nuevas fotos. Le cuenta que en Francia está prohibido tomar fotos de las tumbas por considerarse propiedad privada: tendrán que hacerlo de manera clandestina lo que se convierte en algo todavía más atrayente: de ahora en adelante serán cómplices de un delito. En México también está prohibido pero uno se las ingenia –concluye Diana con picardía.

Jean Claude arquea las cejas sorprendido. Ella capta esa expresión y se arrepiente de haber hablado con tanta soltura, teme que la considere habituada a romper reglas, a transgredir.

Diana se entusiasma con la idea de ir con Jean Claude a tomar fotos a los viejos cementerios de París aunque calla sus andanzas por el *Père-Lachaise*. La noche se alarga. La plática del joven gira alrededor de su gusto por la fotografía como si

fuera el único territorio donde se siente seguro. El dominio del tema que muestra Jean Claude despierta el asombro de Diana: la seguridad con que le cuenta su vocación por la fotografía desde pequeño, su trabajo a veces riesgoso para revistas y periódicos; después, ella desliza su atención hacia el aplomo de sus movimientos, su suéter impecable, sus uñas cuadradas. Casi sin darse cuenta empieza a admirarlo, lo considera el tipo de hombre a cuyo lado no hay nada que temer.

En estos momentos se encuentra relajada, contenta en un París que no la ha defraudado, cenando con un atractivo fotógrafo pleno de experiencias y de imágenes. Observa los labios masculinos moverse como pequeños animales, los ojos de cuervo, las manos rudas con dedos llenos de promesas.

Piensa que este hombre mundano seguramente ha hecho el amor con muchas mujeres. Ella nunca ha hecho el amor. Su experiencia se limita a exploraciones infantiles del cuerpo de Tomás en la secundaria, escasos besos apasionados con un chico de la prepa que a pesar de haber despertado a la mujer, terminaron en un no contundente porque el miedo al rechazo y la pierna deforme. Y la vergüenza.

Jean Claude calla de pronto y la mira complacido. Ella le devuelve la mirada pensando que los hombres se ubican en el pensamiento de las mujeres y creen lo que creen que ellas están pensando. Le entusiasma este juego que nace como nacen los amores duraderos. Supone. Aunque en realidad enamorarse le parece una palabra enorme, ella solamente aspira a perder el miedo a la compañía de un hombre, a tener un espejo que le devuelva una imagen de sí misma más comprensible, más amable. Entrada la noche, agotados de escudriñarse y compartirse, se abre un silencio frente a sus tazas vacías: es hora de pagar la cuenta, ponerse en pie y salir del lugar con el pacto de ir en los próximos días a cazar imágenes con sus cámaras.

\*\*\*

Su primera salida de cacería, como ella llama a sus sesiones fotográficas en espacios abiertos, la ilusiona. Para esta ocasión ha elegido cuidadosamente una blusa blanca sin adornos, un pantalón azul y unas sandalias con suela de goma que le acomodan para caminatas largas. Antes de salir se para frente al espejo y se encuentra linda.

Deambulan sin rumbo fijo. Diana no quiere conocer la Torre *Eiffel*, el edificio Nacional de la *Opéra* ni el museo del *Louvre*. Caminan por las aceras de piedra mientras ella va descartando una a una las sugerencias de Jean Claude; solamente me interesan iglesias y cementerios porque ambos sitios huelen a muerto, a historias enterradas, le dice. Siguen caminando sin decidir a dónde dirigirse mientras Diana le cuenta su pasión por la memoria que albergan las mentes de los muertos y que se mece en los aires de esos sitios enrarecidos color gris; le dice que esos recuerdos de cuando vivos escurren entre las fisuras del mármol de sus tumbas, entre las fracturas de los mausoleos, en las palabras y fechas de los viejos epitafios. Es como si los muertos no estuvieran realmente muertos ¿me explico? tienen otra manera de estar vivos y lo puedes descubrir en una buena fotografía.

Jean Claude abre desmesuradamente los ojos como haciendo un esfuerzo por entender a esta mujer que tiene enfrente y que empieza a develarle su obsesión con un tono de voz y una energía que no concuerdan con su cuerpo lento. Detienen el paso. De pronto ella calla, se da cuenta de que ha hablado demasiado y baja la cabeza ruborizada. Jean Claude le levanta el rostro tomándola de la barbilla, acerca su cara y le da un beso breve en la boca. Un beso dulce. Un beso sin intención debajo.

Ya sé qué sitio te va a encantar, dice tomándola de la mano. Al caminar inician un trotecito que a pesar de ella misma desencadena su cojera; no quiere que Jean Claude la note porque no quiere que le pregunte, no quiere contar porque eso la conduce inevitablemente al lugar de la vergüenza. Porque la enfermedad, bien lo sabe, avergüenza sin motivo.

¡Taxi! Al *Père-Lachaise* –ordena Jean Claude.

Y el traca-traca en la cabeza de Diana no la suelta hasta que el taxi frena y aparece frente a ella el hospitalario umbral del cementerio.

\*\*\*

La entrada es amplia y las veredas largas. Caminan sosegadamente, como si siempre hubieran tenido las manos entrelazadas. Las cámaras se balancean colgadas de sus cuellos. A ella le gusta la temperatura de esa mano, su textura, la tensión justa que mantiene para hacerla sentir acompañada. De repente Diana se da cuenta de la naturalidad con que se mueve a su lado, le sorprende y le fascina ir así, junto a este desconocido que está dejando de serlo. Se siente más mujer, más hermosa, quisiera que todo el mundo los mirara. Baja el rostro: cuatro zapatos avanzando al mismo tiempo sobre la avenida terrosa: dos adelante dos atrás dos adelante dos atrás. Clic.

Siguen por las veredas más angostas, las más umbrosas y frescas. Jean Claude parece contagiarse del entusiasmo de ella. Las tomas se suceden una tras otra, cualquier punto: un quiebre insignificante les parece digno de ser capturado. Una hoja seca en el suelo es una estrella, clic. Una lápida ilegible, clic. Una rama agonizante contra el azul del cielo, clic.

Adelante ella y su par de ojos tras la lente; atrás él y su par de ojos tras otra lente y, más atrás, los ojos del joven custodio de Víctor Noir atisbando a la pareja oculto entre los arbustos.

Diana y Jean Claude se detienen frente a una tumba que ya no lo es: un lugar arrinconado que grita el abandono de los vivos cubierto en su totalidad por la naturaleza en forma de una tupida enredadera. En un fragmento en el piso leen: *Theófile Vincent* ¿Quién fue? No lo saben. Un muerto con deudos que nunca lo quisieron. Inventan una historia: Teofilito era un pesado que nadie soportaba excepto su madre sordomuda que lo vino a enterrar a Francia después de que muriera aplastado por el techo de su propia casa el día de un pavoroso temblor en Haití, desde donde su padre exportaba azúcar a Francia. Por eso esta enredadera tan llorona –concluye Diana con una carcajada. ¿No crees que está un poco rebuscada tu historia? Sí, puede ser, tan rebuscada como la vida misma. La tuya, la mía. De inmediato vuelve a sentir que ha hablado demasiado y puede asustar a Jean Claude. Bueno, la de muchos, quise decir. No no no, no la compongas Diana, que ya te voy conociendo... y me encantas.

Caminan un poco más, cada hoja en el sendero está cubierta por un hermoso polvo terracota. De repente se detienen rodeados por un silencio absoluto; como película muda miran a lo lejos el moverse de unos cuerpos afanados sobre alguna tumba reciente, el lento aletear de una parvada que cruza el cielo, todo ello ajeno a la pequeña realidad que los circunda.

Es el momento preciso para fotografiar lo que no se ve –dice ella. Lo que sólo es posible descubrir con una cámara. Clic. Él ha dejado de tomar fotografías y Diana lo percibe molesto.

No exageres, Diana. La fotografía no es un instrumento esotérico. Es un vehículo para dar testimonio, para transmitir

información. Para que la gente vea lo que no puede ver, pero porque se encuentra lejos de donde está la imagen.

Pero si puedes incluso fotografiar la muerte, responde Diana en voz tan alta que incluso Román, escondido, logra escuchar esta frase que lo estremece como si se tratara de un deseo carnal.

Diana intuye que ha rozado el lugar de la rivalidad y no dice nada más. Se echa andar con lentitud. Una conversación trivial hace que regrese la armonía entre ellos, caminan hombro con hombro, ya no necesitan tomarse de las manos para saberse cercanos. La cacería continúa. Clic, clic, clic. Él la deja hacer, luego se acerca a ella y tomándola del brazo la conduce con suavidad hacia una tumba vecina invitándola a sentarse. Jean Claude tiene la mirada perpleja, no obstante, le pasa el brazo por los hombros y las pieles parecen entenderse.

\*\*\*

Después de unos minutos prosiguen su camino con la mirada del jardinero pegada a sus espaldas como una sanguijuela.

Siento que alguien nos mira, Jean Claude. Claro, te miro yo y cientos de muertitos –una sonrisa mutua relaja el instante de tensión.

Se dirigen a la salida tomados de la mano como algo tremendamente necesario.

El joven ojos sanguijuelas lanza un suspiro tan áspero como un rugido mientras ve a la pareja dirigirse a la puerta de salida. Cuando la silueta de la pareja ya se ha alejado, da un brinco desde su escondite hasta el sendero principal: con brazos enjarrados y el cuerpo contraído los ve atravesar el umbral del cementerio.

Marie se ve ansiosa, está en la galería esperando a su amiga mexicana para mostrarle los adelantos para la exposición. Diana llega retrasada porque el metro la caminata el dolor pero cuando encuentra a Marie en la puerta se sobrecoge, habituada más a las malas que a las buenas noticias. ¿Pasa algo, Marie? Claro que pasa algo, te tengo una sorpresa. La toma de la mano y le pide que cierre los ojos. La guía unos cuantos pasos: ¡Abre los ojos!

Lo que Diana descubre la obliga a soltar a Marie, se cubre el rostro con ambas manos conteniendo un grito y da dos pasos atrás. Tiene ante ella, sobre el muro central de la galería, una de sus fotografías preferidas en un formato gigantesco. Conmocionada, como si nunca hubiera visto antes esa imagen, se le viene encima el sendero de tierra, el polvillo que flota entre los haces de luz como pequeñas estrellas de una galaxia lejana, el fragmento de tumba con sus tréboles escurriendo de las grietas como revelaciones de la vida que palpita bajo tierra. Sin proponérselo le llega su madre a la cabeza: su madre envejecida que cualquier día habitará un sitio como éste donde la enfermedad y el dolor no existen. Siempre ha imaginado la negrura interior de un féretro cerrado y el muerto abriendo los ojos cuando ha dejado de escuchar ruidos y empuja con sus brazos la caja que se abre y el muerto ha dejado de serlo porque ahora vive y descubre que ahí no hay memoria porque todo es tiempo presente. Qué grata visión de la muerte, reflexiona.

¿Te gusta?, dice Marie con la sonrisa más amplia que puede. Mira el rostro de Marie que muestra unos dientes pequeños insertados en unas encías rosadas demasiado brillantes.

Es el formato que vamos a utilizar en todas las fotografías. Espectacular, ¿no te parece?

No sé qué decirte, estoy muy emocionada. Se ve tan real, tan vivo, y también tan... ajeno. Como si no la hubiera tomado yo, qué sensación más extraña. Marie la atrae hacia su cuerpo y le da un abrazo largo, entrañable: felicidades, linda, eres una ganadora.

La cercanía de sus cuerpos las une como a un par de viejas amigas limpias de cualquier poder. Luego se apartan y sin soltarse del todo dirigen sus cuatro ojos hacia la enorme foto que domina el salón que pareciera empieza a contagiarse del olor a tierra.

Este trabajo ya no es mío, es de quien lo mire y se lo apropie y tal vez le diga algo distinto, ¿no crees? Marie no responde, la conduce por el resto de la galería. Los trabajadores saludan con deferencia a la artista, murmuran a su paso que ella es la premiada y ¡uf! qué responsabilidad, se dice a sí misma con la cabeza repleta de un gran gozo.

Diana no está acostumbrada a sentirse tan querida por lo que valora mucho las demostraciones de Marie. El trayecto se cierra frente a la enorme foto del inicio del recorrido. Si estirara el brazo, piensa, podría cortar un trébol.

\*\*\*

Pero como a Diana todo le cuesta el doble de trabajo, se dice a sí misma, al llegar al hotel recibe una llamada de su tía Clemen quien le informa que su mamá está muy enferma. Recibe la noticia de manera ambivalente, no le gusta imaginar a su madre tendida en una cama de hospital, sufriendo, y al mismo tiempo no le sorprende que haya decidido enfermarse justo en este momento obligándola a abandonar todo y correr a su lado. Quiere atreverse a decir lo siento no puedo ir a México

ahí te la encargo pero se reconoce débil, niña obediente y me doy asco, concluye.

Le avisa a Marie que tiene que ir a México por unos días y con la cabeza llena de su madre hace todos los arreglos para salir de inmediato.

Jean Claude la lleva al aeropuerto esa misma noche. Sale rumbo a México rodeada de temores, disgusto. Contradicción.

Al llegar a México va directamente al hospital. Encarga la maleta en la recepción y, aún con la cámara colgada del hombro, sube directo al piso que le indican: tercer piso, habitación 306. Se abre el elevador y lo primero que ve es al médico de la familia, quien fuera amigo de su padre, parado en la central de enfermería. Se precipita hacia él quien la recibe con los brazos extendidos y después de unas breves frases la toma del brazo y la conduce hacia una salita privada. Caminan por un pasillo impecable y reluciente que mal oculta que el lugar está repleto de enfermedades: pus, tumores, sangre, bacterias instaladas en todo tipo de cuerpos.

—Son sus riñones, Dianita, ya no quieren funcionar. Parece algo súbito pero seguramente tuvo síntomas y no se hizo caso, ya sabemos cómo es tu madre de testaruda. Su cuerpo ha resistido gracias a las diálisis, estamos haciendo todo lo que se puede pero además, sus pulmones están muy débiles por su asma crónica.

Diana escucha en silencio mientras el médico le relata cómo la vida de su madre se escapa sin remedio y, no obstante, ella no siente nada.

El pronóstico es incierto, le dicen. La palabra incierto la regresa a la realidad, una realidad donde incierto significa desahucio. Se da cuenta de que el médico la pronuncia con dificultad como si hubiera demasiada verdad en tan pocas letras. Aunque hace mucho aprendió que los cuerpos mueren, no se atreve a deslizarse por la evidencia del pronóstico y soltar la esperanza. Oscila entre el optimismo y el desaliento, levanta los ojos hacia el médico y ve su rostro contrito de funeral. Ahí comprende la gravedad del estado de su madre

y realmente empieza a sufrir: no sabe si por esa agonía irremediable o porque en el fondo no la compadece. Le reprocha su falta de tino, su imprudencia justo ahora que ella está en París intentando vivir de verdad, aunque no la sorprende: conoce los alcances de la maternidad aunque al mismo tiempo le parece incomprendible: traer niños al mundo para convertirlos en venero que proporcione el sentido de la vida de esas mujeres que dejan de existir como individuos, como si una madre sin sus hijos no fuera nada ni nadie. Necesitan la proximidad de los hijos para ser.

Pero qué estoy pensando, se dice llena de reproche, si te adoro si no podría vivir sin ti mamá que eres la única persona que me quiere tal cual soy y mis defectos y mis todo que solamente tú conoces. En ese momento decide hacerse cargo, acompañar a su madre hasta que alcance su destino, sea cual sea; no podría cargar una culpa más en su conciencia. La muerte de su padre ha permanecido en ella como si lo hubiera asesinado: aquel día subió a aquella barda para distraer a la hija tristonza sentada en una silla de ruedas. Murió por ella, para ella. Y desde entonces mamá y yo solas, solas ella y yo y a pesar de ser una viuda joven no volvió a tener hombre ni intereses personales, sólo yo. Mamá y su estoica maternidad a cuestas.

La conversación con el médico se alarga con preguntas sin respuesta, con frases hechas para no decir lo que debieran. Se despiden. Diana se dirige a la habitación 306 con su puerta limpia limpiísima y una tarjeta donde lee el nombre de su madre. Abre la puerta: ve a su enferma sobre una cama alta, su silueta apenas dibujada, una bolsa de suero colgando de un tripié con una sonda que va a un brazo, un catéter de oxígeno a la nariz. Reconoce con ternura el cabello blanco, los párpados cerrados finos como capas de cebolla, los labios

secos entreabiertos, el cuerpo pequeñito contrastando con la solidez de los barandales. Da los tres pasos que la llevan hasta la madre que aún no se ha dado cuenta que la hija está a su lado. ¡Má! ¡Mamita! ¡Ya estoy aquí! Le grita en voz muy baja, quiere que sepa que ya está con ella, sabe que su presencia es suficiente para que igual que Lázaro se levante y vámonos a la casa que hay mucho por hacer, por vivir y entonces arrancarle todas las sondas tomarla de la mano y largarse de inmediato a dar la vuelta por ahí. Le acaricia el pelo, siente que la ama como nunca, intenta acomodarle los rizos rebeldes y tiesos que no encuentran sitio. Le sale esa ternura que casi nunca expresa; algunas veces temió que su madre la detectara y la usara y entonces quedarse pegadas como siamesas de circo.

Apoya la rodilla en el costado de la cama y la sobresalta una sensación tibia y blanda de molusco. Levanta la frazada y se encuentra con una bolsa transparente llena de un líquido amarillo y sin poder contenerse va al bolso y clic a la orina de su madre. Clic las manos regordetas hinchadas que apenas dejan ver las formas habituales de sus dedos clic la huella blanca del sitio del anillo clic las uñas sin barniz.

¡Mamá! –Y se suelta llorando como niña.

Una enfermera entra y Diana pregunta si su madre seguirá sedada mucho tiempo. No se sabe, conforme vaya respondiendo al tratamiento. Esa respuesta la angustia porque no sabe cuánto tiempo es ése.

Sale la enfermera después de dos o tres asuntos y ella se siente en libertad para seguir llorando, ahora mansamente.

\*\*\*

Han pasado veinticuatro horas, Diana sigue en esa habitación donde no sucede nada, la única certeza es que su madre ni la

mira ni le habla, no responde a ningún estímulo y Diana no entiende si es la sedación o la muerte que le está entrando de a poco a pesar de que supone su presencia debería ahuyentarla porque dicen que la fuerza del amor a veces basta. Se sube a la cama de la enferma, se tiende a su lado y constata que la piel está caliente, acerca la palma de la mano a la nariz y la tranquiliza el pequeño hálito que confirma que sigue viva. Intenta hablarle como le dijo el médico: empujarla a que regrese al mundo de los vivos y entonces empieza a mentirle cosas que nunca han sucedido ni en París ni en México.

¡Mamá! ¡Soy yo! Le presiona la mano y sin soltarla le sigue contando al oído: que si París que si las fotos que si Víctor y justo ahí se le atora el pensamiento: anclada en la muerte que percibe rondando la cama de su madre evoca a su muerto de París, el que ella resucita a voluntad. Le sorprende la capacidad que ha tenido para transformar ese corazón de bronce y devolverle los latidos cálidos y acelerados de cuando vivo. Porque no duda de que revive a Víctor cada vez que se aman y él siempre respondiendo a su calor. De pronto se siente poderosa, con un corazón enorme y decide que hay que hacer lo que hay que hacer: resucitar otro cuerpo. Cierra los ojos y evoca el ritual de cementerio cuando ella entibia con sus manos el material inerte de su Víctor que regresa a la vida y su mente divaga y su piel recuerda la potestad de sus caricias y sin que sea un acto enteramente consciente, desliza su mano por el rostro de la madre porque está segura que ella como Cristo a Lázaro y la vieja tendida agónica indiferente y la hija con sus manos bajando por los pechos ajados y pequeños que caen a cada lado del tórax en un abandono que no es justo, dice, y luego hasta los muslos la entrepierna de la vieja ya tan vieja y la cabeza de la hija entre el cuello y el pecho tratando de escuchar las sístoles las diástoles que débiles apenas se

perciben y no se aceleran; y entonces desesperada su mano presiona y frota y se exaspera y sube y baja sube y baja por todo el pequeño cuerpo abandonado y la rabia de la hija ¿No me escuchas? Le grita, ¿qué, no sientes nada? ¿estás muerta ya? ¡Contesta! y Víctor de nuevo brota en su cabeza y ella perdida confundida entre París y el miedo de que no resucite su madre que aún no ha muerto, no es posible si Víctor es un muerto viejo más viejo que ninguno y en cambio tú sigues tibia, madre, se oye decir en un susurro. La imagen de ella misma abrazada a la enferma de pronto le parece ridícula y sin embargo no puede dejar de estar de esa manera extraña que nadie más comprendería. No cesa de acariciar esa piel familiar pero distinta que nunca antes tocara con tanta intensidad. Lo que importa es que no te vayas, mamá, y continúa con el rito conocido del cual surge la vida y cerrando los ojos nuevamente, anda, se dice casi a sí misma y le dice a ese otro corazón que late débil dentro del cuerpo tendido junto a ella, ¡resucita!, le grita, resucita, y la evocación se funde en su cabeza vacía ya de pensamientos: en estos instantes ella es sólo piel que vibra como cuando Víctor hasta que, en medio de todo esto, estalla en un orgasmo pequeño y triste que la regresa a la habitación 306 de un hospital de la Ciudad de México.

Eva sigue sin responder al tratamiento ni a la presencia de la hija. Solamente las visita Clemen y es cuando Diana aprovecha para salir a ducharse, a descansar porque la espera cansa.

En su casa se prepara un café y luego se sienta a la mesa de la cocina que ya no huele a nada. Todo ha cambiado, la vida transcurre con una lenta rapidez. Le vienen unos deseos intensos de que ya termine de morir su madre, que la muerte es algo natural quiere decirle y enseguida el desasosiego de quedarse sola. No está segura de cómo sería el mundo sin su madre, no está segura si la muerte es algo contagioso. El café le sabe amargo, lo único que le dulcifica el rostro es imaginar sus fotografías de cementerio colgadas en una galería del centro de París. Pero, mamá, por qué ahora, habla para sí. ¿Será que tienes miedo de quedarte sola, miedo a que te olvide? ¿Miedo a vivir, miedo a morir? Derrama unas lágrimas sin saber si es por la madre que le tocó en suerte, por la clase de hija que ha sido o, simplemente, por miedo a la palabra: huérfana.

De regreso al hospital platica un poco con su tía Clemen, una solterona cuya gentileza y buena disposición han hecho de ella la compañera ideal de su madre tan acostumbrada al mando. Después de un rato despide a la tía en el pasillo y mira a su madre desde el quicio de la puerta de la habitación: se parece tan poco a sí misma, a la mujer que fue. Observa el reducido espacio que ahora ocupa y se le desgarran el corazón. Se acerca a ella y le acaricia una mejilla, le acomoda un mechón de cabello que cae sobre la frente. Se le ocurre ayudarla a morir. Sería tan fácil. No soporta verla sufrir, le han dicho que ya no esperan que su cuerpo responda y se ponga en pie y salga de este sitio que huele a desesperanza. Quiere arrancarle

tripas y cables y que ambas dejen de padecer por algo tan inentendible como el caos cuando se instala en el interior de un cuerpo y las vísceras y músculos desconcertados dejan de funcionar. Desconoce hasta dónde llega la resistencia de un cuerpo, de este cuerpo.

Le dice al oído en la voz más dulce que conoce: mamá, este es el momento justo para darle a tu vida la mejor de las muertes. De pronto se siente ruda, impetuosa, percibe cómo le va llegando el desapego porque la esperanza se ha desvanecido; ha tomado la decisión de ayudar a su madre a emprender el viaje, ya no hay culpa. Sus ojos se fijan en la sucesión de gotas del suero, empieza a contarlas como borregos que inducen al sueño eterno: quizá un medicamento compasivo la almohada una bala, tiene la firme voluntad de decirle adiós. Las ideas le llegan con lentitud como si hubieran iniciado el viaje desde muy lejos. Levanta el rostro hacia la ventana que muestra un cielo blanco y una especie de cansancio se apodera del recinto. Mira a su madre como preguntando de qué manera madre, de qué manera, cuando súbitamente la vieja palidece y, después de algo parecido a un suspiro ahogado, se entrega a la nada con resignación de la santa que no fue. Ninguna de las dos se mueve. El cuerpo tendido ya es de viento. La hija le toma la mano y se asombra del rápido cambio en la temperatura, casi puede percibir el desprendimiento del espíritu y la cruda rigidez que deja, la piel callada, los ojos fijos en el techo. La muerta ha muerto.

\*\*\*

Se mantiene en pie frente a la cama. A un costado, la ventana y su paisaje paralítico. Siguiendo un impulso retira la sábana y levanta el camión para mirar el cuerpo donde habitó su

madre: le mira los pechos, el esternón plano y blanquecino, el vientre marchito, los brazos y las piernas flacas arrugadas de ave de corral. El pubis prominente. La piel desamparada. Va a su bolso y saca la cámara: un clic violento. Cubre de nuevo el cuerpo para ocultar su ruina y abandona de prisa el cuarto de hospital; no quiere ver a nadie, hablar con nadie, cruza el pasillo y llega al territorio de los que aún son dueños de sus cuerpos y se mueven y conversan; escucha los sonidos de la calle, los autos, palabras sueltas colgando del aire caliente de esa tarde de octubre en que las lluvias están a punto de lavar los asfaltos de la ciudad más grande del planeta. Apenas sube al auto abre la boca con el deseo intenso de lanzar un grito que no arranca. De pronto, las palabras: mamá ha muerto flotando en el pequeño espacio.

Diana entra a la casa que fuera de su infancia, el hogar de aquella niña que entonces tenía una madre y un padre. Con un sosiego frágil se deja caer en el sofá de la sala. Detiene su mirada en la foto de boda colgada del muro: su madre es ahí una joven linda que sostiene un discreto ramo de azahares. No hay novio. En otra fotografía aparece ella niña tomada de la mano de su madre, se miran una a la otra mostrando el mismo perfil de águila recién nacida. Luego ella con toga y birrete verde oscuro y una sonrisa artificial que enseña los dientes superiores mal alineados. Recuerda la primera Canon que su mamá le regalara el día de su graduación. Para entonces ya éramos sólo dos, se dice: dos camas, dos platos de sopa, dos vasos de leche en la mesita de madera pintada de azul de la cocina.

Es expulsada de sus cavilaciones por la tía Clemen quien se abalanza sobre ella para abrazarla y le dice en tono de consuelo: mira que irse así nomás tan de repente, pero ya sabes, tu mamá tan testaruda. Mi madre, una testaruda, repite para sí. No llora a pesar de que el corazón es un puño en pleno tórax, empieza a echar de menos a la vieja testaruda que era el ancla, la raíz de esa familia chiquita que eran ellas, y ahora esta hija arrojada al mundo con la indefensión de una huérfana temprana porque en estos momentos se siente una niña muy pequeña. Vuelve el rostro hacia la pared donde las fotos y se da cuenta de que no hay ninguna de su padre. Piensa en la pequeña foto ovalada de él que siempre trae en la cartera. Luego ve a la tía preparando café en la cocina y de nuevo la invade la ternura por esa otra vieja que también se queda sola.

Le viene a la mente cómo avanzaba en el piso de cemento la mancha de sangre que escurría de la cabeza de su padre.

\*\*\*

En el velatorio se sienta en un extremo del recinto esperando a que transcurra el breve tiempo entre la muerte y el entierro. Está incómoda, quiere salir huyendo, no sabe qué contestar a la gente que ha ido a darle el pésame ni cómo comportarse. Se arrincona. Intenta distraerse, se levanta y camina ansiosa de un lado para otro lejos del féretro que de pronto llama su atención, le cuesta creer que dentro de esa caja de madera brillante esté lo que antes fuera su madre. Se acerca y abre la tapa, ve que los rasgos de ese cadáver semejan a los de su madre. Porque esto no es mamá.

Entrada la noche se queda sola en la funeraria. Toma su cámara: un clic distante: flores blancas, sillones, Cristos, objetos ambiguos que se pueden encontrar en cualquier lado. Va al féretro que contiene otro objeto, uno contundente que no existe excepto aquí y ahora. Un objeto con un rostro que no es rostro porque sin mirada ya no es nadie. Clic.

Va a su cartera y saca la foto sin retoque de su padre, la deposita sobre el cristal del féretro y luego cierra la tapa. Se desploma sobre un sillón y totalmente abatida le marca a Jean Claude desde su celular.

—¿Cómo van las cosas por allá? —Le dice Jean Claude y entonces ella empieza a contarle. Quiere desahogarse, que su amigo sea un espejo desde donde entender lo que está viviendo. La conversación se alarga en voz baja, ovillada en un sillón de piel.

\*\*\*

La mañana del cementerio es luminosa, Diana amanece con un optimismo corporal desconcertante que le permite continuar con el último trámite que será depositar a su madre en su nuevo hogar: el subsuelo. Es una procesión chiquita que avanza por los senderos adoquinados hasta llegar a una fosa recién excavada que despide un aroma a tierra mojada. Se quiere evadir leyendo los epitafios de las tumbas a su paso. Da pasos secos, apretados, la pierna hoy no le duele. El chirriar de las cuerdas que bajan el ataúd a su sepultura la arroja fuera de su aparente indiferencia y le vienen unas súbitas ganas de llorar, como si su madre acabara de morir en ese instante. Empieza a escuchar los palazos de tierra que cae sobre el féretro con la cadencia de un sombrío *staccato*.

Todo concluye cuando el sacerdote echa agua bendita sobre el montículo y lo bendice con un ademán que le trae a Jean Claude a la cabeza. Un pequeño y reconfortante exorcismo. Da media vuelta, no se despide de nadie, quiere regresar cuanto antes a la casa materna donde viviera su infancia con un padre, una madre y dos piernas intactas.

\*\*\*

De pie frente a la estancia Diana mira detenidamente la casa que fuera de sus padres, los objetos permanecen en su mismo sitio evocando las costumbres de su madre. Deambula sin prisa por las habitaciones empezando a digerir la realidad, no creyendo del todo que Eva ya no esté; va a la recámara y hurga con la mirada el clóset, la ropa dispuesta por colores, todos en tonos pardos, sobresale un suéter marrón que usaba en los tiempos del padre. Abre y cierra cajones sin buscar ni

encontrar. Sobre el buró un crucifijo montado en un pequeño pedestal de donde cuelga el rosario de su primera comunión junto a una libreta de teléfonos. Todo en perfecto orden. Abre el cajón y descubre dos frascos de medicamentos que desconoce junto a un sobre con fotografías donde tropieza con una de sus padres jóvenes muy juntos, de pie, mirando hacia la cámara, pero el rostro de su padre ha sido recortado. Le llega una sensación de ahogo y empieza a sudar, una madre desconocida la golpea. Nada es lo que parece. Abre la ventana para respirar aire fresco, inspira hondo y trata de imaginar cómo habrá sido la relación íntima de sus padres, le empieza a gustar la imagen de su madre tal vez estremecida de ira, furia, amor. La presencia de Clemen la regresa a la habitación y tomando a la tía de la mano la invita a sentarse en la sala.

–Háblame de mi mamá, tía, ¿cómo era de chiquita?

La pregunta surge como indagando sobre alguien que nunca conoció y espera le descubran detalles insólitos e inesperados, algo que rearme la idea que tiene de su madre para poderla imaginar de aquí en adelante como alguien que gozó intensamente, que sufrió intensamente, que no estuvo siempre a la espera de las migajas de la hija. Pero lo que la tía le cuenta la decepciona, se parece demasiado a la imagen de ella que ya tiene.

Desde ahí desliza su mirada por el interior de la estancia: se da cuenta de que todo aquello sólo puede interesarle al camión de la basura, al ropavejero, aquí no hay nada para ella. Todo da muestras del fin de una familia. La última imagen de un libro que se cierra. Tiene la intención de tomar una fotografía de la casa. Se arrepiente. Su herencia serán tres fotos del muro y esa que tomó del buró donde su padre está descabezado. La conversación se agota, finalmente se despiden de Clemen y sale a la calle.

Llueve sin violencia, desconoce las casas vecinas la tiendita de la esquina la rotura de la acera. Todo parece distinto, carente de significado. Su caminar es el de un animal salvaje al que le acaban de abrir las puertas de la jaula, sin volver la vista atrás.

Sentada en un taxi rumbo al aeropuerto de regreso a París abre su bolso y extrae la fotografía de su padre sin rostro. La mira con extrañeza. De pronto palidece, se llena de sudor, de náuseas al recordar la escena: su madre había aparecido en casa con una pequeña caja de metal donde, le dice a su hija, están las cenizas de su padre. ¿Las qué? –pregunta sorprendida. Decidí cremar su cuerpo, no hay dinero para comprar espacio en un panteón y no me pongas esa cara, este ya no es tu padre, él está en el cielo –añade en un tono conciliador e infantil que Diana desprecia. ¡Ese sí era mi papá! –grita y llora y maldice su invalidez porque quisiera dejar la silla de ruedas y ponerse en pie para abofetear la insensibilidad de su madre. ¿Por qué no me consultaste?, ¿por qué no me tomaste en cuenta? Porque te conozco, hija, de todo haces un gran lío y tú no eres la única que sufre, ¿sabes? Diana se crispa: ¡pero desapareciste su cuerpo!, ¡lo volviste a matar! Hija, tu papá ya no existe, acéptalo. Tenemos que ser fuertes, nos tenemos una a la otra. Eso sí es real. Aquí estoy, cuentas conmigo, Diana. Cuentas conmigo.

Piensa en su padre: ¿dónde estás, papá? Cuando les confirmaron que él había muerto, sintió que no podía tolerarlo: era una verdad demasiado ancha, demasiado alta: planeó visitarlo con frecuencia en alguna tumba, tenía la certeza de que su nombre, inscrito en letras doradas, permanecería por siempre para que no fuera olvidado. Que cuando le llevara flores él la estaría mirando desde abajo. Pero su madre decidió desaparecerlo, borrarlo, como si nunca hubiera existido. Un mundo sin su huella. Una tumba sin nombre. Nunca pudo perdonarla.

Intenta recuperar detalles pero en realidad recuerda poco; lo que le queda es la negativa sistemática de su madre a hablar del tema como un episodio en el que no hubiera participado. Diana imagina el cuerpo de su padre en un horno absolutamente negro contorsionándose como un papel al que se le prende fuego ¿Por qué, mamá? ¿Cómo fuiste capaz?

Con el tiempo se le fueron desdibujando las facciones del rostro de su padre, el tono exacto de sus ojos, su olor, sus gestos. El mutismo de su madre respecto a él –tal vez para no caer en el tema de la cremación–, le nubló aún más las partes esenciales de su padre cuando vivo, cuando junto a ella. Sólo quedó en su mente aquella obstinada disposición hacia el optimismo y ese amor por su hija que lo llevó a la muerte. Y desde entonces la incapacidad de llorarlo porque sin un cuerpo no hay sitio posible. Carga con su montón de escombros en la mente.

Ahora, dentro de este taxi, evoca la cara de pasmo de su madre ante su insistencia en saber más de su papá, como si no se percatara de que era una legítima avidez por afinar su recuerdo, por recobrarlo.

Con el rostro mirando a través de la ventanilla y en la cabeza un padre sin cuerpo, le llega una arcada vigorosa y deténgase, por favor. El chofer orilla el automóvil mirándola por el retrovisor con cara de asco. Sin alcanzar a salir del auto abre la puerta y surge un vómito vertiginoso que no logra vaciarla de la imagen de su padre achicharrado.

Marie y Jean Claude la reciben en el aeropuerto, existen tal como ella los evocaba en México. Se abandona en el pecho de Marie donde no hay forma de no sentirse segura. Marie le acaricia el cabello con la palma de su mano, la aternura con naturalidad mientras Jean Claude las observa, luego él le besa ambas mejillas y la abraza. Diana se mueve entre ellos con naturalidad, como si esta fuera su verdadera familia. Como si la familia fuera algo que se elige y finalmente los genes tuvieran poco que ver y la ley de la sangre y todo eso fuera para ella un asunto ya caduco.

Después las maletas, el auto, el regreso al hotelito donde ya la conocen y ella se siente como en casa. En el trayecto Marie monopoliza la conversación con una ansiedad difícil de disimular. Al llegar, Jean Claude se despide sorpresivamente después de bajar las maletas del auto de Marie; no te vayas, quédate un rato, le dicen y él no puedo, tengo cosas que hacer, te llamo mañana que estés descansada, un beso rápido y media vuelta. Se va de prisa con pasos largos. Ellas lo miran alejarse y sacar un gel antibacterial de la bolsa del saco.

La habitación del hotel está un poco fría, Diana sube la temperatura en el control y le llega su madre a la cabeza: te vas a resfriar ponte un suéter ¡Basta, mamá! Marie se sienta en la cama y no para de hablar: le cuenta los adelantos de la exposición, la enfermedad de su gato, la revuelta de los migrantes, el cambio de clima y Diana no tiene necesidad de responderle porque no hay silencios. Va hacia el espejo del baño y se ve niña, inexpresiva.

¿Cómo estuvo lo de tu madre, Diana? Otro día, Marie, aún no lo digiero.

\*\*\*

Cuando se queda sola, Diana tiene el impulso de llamar a Jean Claude. Trata de imaginárselo muerto y lo ve hermoso, con la piel oscura tersa y brillante. Conviene en verse al día siguiente. Diana no tiene claro por qué quiere verlo con tanta premura. Vuelve al espejo y la niña ha dejado de serlo. Ahora es una mujer adulta, huérfana. Cuando la pierna no le duele la vida es casi como antes, cuando la casa paterna, cuando su única responsabilidad era estar viva. El dolor de la pierna le hace sentir el paso del tiempo, los años sin su padre; pero él murió hace tanto tiempo, se dice. Ahora mamá también ha desaparecido. Toma un analgésico. Dos. Soy una mujer libre.

Al día siguiente la perspectiva de ver a Jean Claude la entusiasma, se ducha y coloca algunas fotografías que trajo de México en su bolso; tiene ganas de compartirle ese mundo de allá que acaba de morir: la ciudad grande donde naciera, la puerta de hierro de su casa, las caras de sus padres. Todo aquello que conformaba su hogar.

Pero la vida no cambia cuando algo afuera se transforma, se dice, cambia cuando una hecatombe como puede ser la orfandad definitiva. Sin embargo ahora, a pocos días de haber enterrado su niñez y su adolescencia se siente bien, con un brío corporal que contagia a su pierna que hoy no duele porque cómplice comprende que a nadie se le echa a perder el primer día del resto de su vida.

\*\*\*

Jean Claude la observa caminar hacia él en el café de siempre, mira fijamente su andar pendulado sin que pueda descifrar qué piensa.

Después de un rato de conversación trivial que evade la muerte de la madre, Diana percibe la rodilla de Jean Claude rozándole la suya, la retira un poco y él de nuevo como si no se hubiera dado cuenta. El calor que despidе esa piel es evidente y en cambio Víctor Noir tan frío y tan atterradoramente solo, piensa ella, y de nuevo irrumpe la tibieza del cuerpo de Jean Claude en su muslo y los dos como si no pasara nada. Él habla animado, suelta borbotones de palabras sin preguntas, sin resquicios para temas dolorosos.

Mira, le dice Diana, te quiero mostrar algo y extrae las fotografías de su bolso. Este es papá: una foto casera de un hombre joven de ojos confiables sonriendo hacia la cámara con un vaso en la mano y el gesto de brindar. Te pareces mucho a él, dice Jean Claude. Ella evoca a su papá el día en que le informó hay que operar tu pierna, hija, pero no te preocupes todo va a estar bien y la sensación de estómago vacío de aquella niña asustada se llena de certezas porque un padre nunca miente. Y después papá siempre a mi lado: médicos estudios rayos X y finalmente internarse a las 6 de la mañana porque la cirugía será a las 7.

Diana extiende su pierna debajo de la mesa mientras Jean Claude se acerca y se aleja la fotografía. La siguiente foto que extrae es la de su padre sin rostro. Quiere devolverla rápidamente al sobre pero es tarde, Jean Claude ya la mira detenidamente. Diana siente que ahora es incapaz de retroceder hacia ninguna parte: Jean Claude ya se ha convertido en parte de un delicado secreto familiar. Qué interesante, le dice a Diana, ¿quién hizo esto, tu madre o tú? Mamá. Para mí, añade Jean Claude, esta es la verdadera función de una fotografía, cuando un espectador se apropia y hace lo que quiere con ella es porque la imagen ha cumplido su misión de transmitir, de testimoniar algo. Diana se enfada, el comentario le entra como

una crítica a su madre, a sus fotografías de cementerios, a su búsqueda de lo que no se ve; pero no lo confronta. Toma la fotografía de las manos de Jean Claude y la observa sin poder encontrar en su memoria el rostro que ha sido recortado. Se da cuenta de que su mente está llena de recuerdos erróneos.

La tarde transcurre junto a las historias de cada fotografía, con las piernas de Jean Claude adosadas a las de ella. Diana pierde la noción del tiempo hasta el momento en que escucha: te invito a mi casa.

El departamento de Jean Claude está en el Barrio Latino. Un lugar pequeño y acogedor lleno de libros, un sillón verde pasto, papeles apilados en perfecto orden, varias cámaras y un tripié Manfrotto. Diana desliza la mirada por los muros buscando fotografías que hablen de él. Hay unas pocas sobre una repisa lateral. Se detiene a observarlas y ve lo que supone un padre y una madre con un niño en brazos; en el marco de al lado una mujer joven y bonita con un hermoso pelo negro cubriéndole los hombros y una breve dedicatoria que no entiende porque está escrita en otro idioma y mejor no preguntar.

De pronto la respiración de Jean Claude a sus espaldas la sobresalta como si hubiera sido sorprendida en falta. Vuelve el rostro y lo mira a los ojos: qué extraña dulzura. Y como el amor y el deseo a veces son indistinguibles, Diana siente que está a punto de amarlo lo cual es suficiente para que ella se relaje, suelte lo que trae en las manos y se deje desabotonar la blusa lentamente. No sabe cómo comportarse, tímida frente a él y con la blusa a medio abrir le pide algo de tomar.

Diana se tumba en el sillón largo color verde pasto y se acomoda la blusa sin abotonarla. Este acto no es natural, es un gesto elegido desde la conciencia porque decide que tiene derecho de hacerlo y desde ahí se abre paso una sensualidad que ya no la asusta. Baja el rostro y mira complacida el nacimiento de sus senos. Jean Claude regresa de la cocina con dos vasos de vino. Se sienta junto a ella y permanecen en silencio, dan dos o tres sorbos y él suelta: ¿qué te pasó en la pierna?

Ella se desconcierta. Nadie le había hecho nunca esa pregunta. Diana se ruboriza pensando que él ya imaginó su pierna y sus cicatrices. Da un buen trago a su vino y le resume

a Jean Claude en unas cuantas frases tímidas y formales lo que ella llama la historia de un fémur: el diagnóstico, la primera cirugía, las que siguieron hasta lograr sostenerse en pie y deambular. Está quebrantando una norma de silencio que se había impuesto muchos años atrás. Instintivamente, cierra las piernas. Luego las abre ligeramente y continúa su relato. De repente él pone un dedo en los labios de Diana obligándola a callar y la otra mano la coloca sobre su muslo: muéstrame tu pierna.

Diana siente que el corazón suspende sus latidos. A pesar del tono suave de Jean Claude ella percibe en sus palabras un dejo de violencia, de reto. Por un instante imagina los ojos de Jean Claude clavados en su pierna desnuda y ella se prende con un erotismo que ya no puede dominar, como si esa mirada se extendiera invasora y caliente por el resto de su cuerpo. Un erotismo salvaje. Un erotismo rabioso que lanza hacia Jean Claude como un puñetazo que conduce a un duelo a muerte y que la llevará, ahora sí, a hacer el amor con todo el cuerpo. Tras un momento de silencio y con los ojos fijos en el vino, su mente retrocede al sitio del resguardo donde papá haciendo la curación en casa, tocando su piel lastimada sin el mínimo atisbo de rechazo. Levanta el rostro y Jean Claude sigue ahí, esperando. Diana se pone de pie, casi con brusquedad se baja el pantalón. Queda erguida frente a él cuyo rostro está a la altura de los muslos de Diana. Jean Claude coloca con timidez la palma de su mano sobre el muslo de Diana. Ella pone su mano sobre la de Jean Claude y cerrando los ojos la conduce con lentitud por el trayecto de sus cicatrices, primero hacia abajo hasta la rodilla, luego a los lados. Él calla dejándose llevar como un jovencito en su primera experiencia amorosa. Diana va sintiendo el calor de la mano ancha sobre su piel tortuosa. La pierna se estremece como un animal con vida

propia, ahora es ella quien conduce la palma de Jean Claude hacia arriba, hacia el punto exacto donde el bisturí iniciara el primer corte, muy cerca de la ingle. Él levanta el rostro hacia ella con las cejas alzadas como alas a punto de emprender el vuelo. El espacio que los rodea se envuelve de un pequeño escándalo. Diana mira por la ventana la noche que entra a la habitación, la oscuridad torna las palabras inaccesibles. Jean Claude se pone de pie y la rodea con sus brazos al tiempo que esconde su cara en el tibio cuello femenino.

Luego se acomodan muy juntos, súbitamente de regreso desde otra dimensión.

Un día papá me dijo que una cicatriz en el cuerpo es algo bueno. Es un recordatorio para no olvidar lo aprendido en las batallas contra la enfermedad. Evita que actuemos como si nunca hubiera sucedido.

Él no responde, después de ponerse un poco de gel antibacterial toma los vasos de vino de la mesita y le ofrece a Diana el suyo. Beben en silencio. El olor del antiséptico la golpea de frente: reconfortante como promesa de salud y sin embargo lleno del sofocante enclaustramiento de aquellos días. Después de un rato denso el vino ejerce su efecto dejando solamente a un hombre frente a una mujer. Jean Claude empieza a acariciar casi sin darse cuenta la suave piel de Diana. La besa largo, ella responde mansamente, luego empieza a desnudarla y ella se deja llevar como una adolescente. El rubor que estuvo a punto de brotarle se desvanece a medida que el deseo se apodera de su cuerpo y olvida todo como una mujer sin historia con el mundo creado para este momento donde ella está hecha sólo de piel.

Diana descubre la dureza viril y se abandona con el único deseo de ser deseo; nada importa más que fundirse en Jean

Claude. En el transcurso de las caricias le llega a Diana de nuevo el olor a gel y un desencanto chiquito se instala. Los roces de pieles empiezan a aburrirla, las emociones pasan de largo sin tocarla. Al darse cuenta quiere llorar pero ni de eso se siente capaz, se deja caer de espalda sobre el sillón con el cuerpo flácido, a medio camino entre la entrega total y la indiferencia. Cierra los ojos. La piel de este hombre no huele a hombre, ni a tierra ni a sudor, el hombre desnudo a su lado huele a muro de quirófano, a libertad condicional. Como si no tuviera alma. Quiere alejar este pensamiento mientras Jean Claude se mueve a su lado como si ella no existiera, sólo su cuerpo. A mayor destreza ejercida por él, mayor la distancia de ella. Quiere apartarlo pero no se atreve, es mi primera vez, se repite, tengo que dejarme sentir tengo que dejarme sentir tengo que dejarme sentir. Retrocede a posiciones más seguras y a partir de ahí el hecho se convierte en un experimento, un juego cuya observación es ajena a las emociones; un rito de iniciación esterilizado. Por momentos quiere doblegar su mente, regresar a ese impulso inicial por convertirse en yegua y relaja todos los músculos como queriendo fugarse a través de ellos, salir de sí para dejar entrar al otro. Es inútil, no puede conectarse y la ceremonia se convierte en un acto solitario. De pronto Jean Claude la penetra con violencia. Un dolor súbito la obliga a gritar y él sobre ella parece no escucharla, Diana se aterra, imagina que él intenta llegar a su centro de una buena vez y destrozarla, abrirla en canal como a una res. Trata de desprenderse pero él la domina con su fuerza, abre los ojos y lo que ve es un perro callejero de ojos vidriosos montado en su perra. Un Jean Claude animal a cuatro patas suelta el cuerpo después de la explosión y ella, inerte, sudorosa, piensa en Víctor Noir.

Al final, les queda a ambos una gran desilusión.

Inmóviles, respiran pesadamente uno junto al otro fluyendo en el río de sus propios naufragios, tendidos en el largo sofá cuyos tonos verdes han dejado de ser pasto, rodeados de un silencio torpe, anudados en un abrazo perezoso. Ella encuentra el acto belicoso y primitivo. Des-almado. Le hubiera gustado terminar de hacer el amor sintiéndose un poco sucia.

Él se incorpora y busca su ropa por el suelo como animalillo acorralado. Diana imagina que si él tuviera algo que decir, probablemente mencionaría el día en que la vio en el restaurant tumbada en el suelo. A ella le gustaría que la historia empezara de nuevo a partir de ese día, pero no hay manera de echarse para atrás. Todo ha sucedido en un solo instante.

Diana no reacciona, después de un rato abre los ojos, mudos porque ya nada más puede ocurrir. Se viste con pudor, mira su pierna de reojo y aunque no puede entender por qué, concluye que las cicatrices, igual que la enfermedad, se llevan de un lado a otro. Conversan trivialidades en el tono de aquellos que han perdido una ilusión.

Y entonces ella se pregunta: ¿Esto es hacer el amor? ¿Esto es un hombre de carne y hueso?

Más tarde Diana sale a la calle con la cabeza llena de imágenes desordenadas. No ha querido que Jean Claude la acompañe de regreso al hotel. Al despedirse se han mirado fijamente como si temieran olvidar sus rostros. El aire frío entra a sus pulmones. Su andar es tambaleante como el de un niño muy pequeño.

\*\*\*

Ya en su hotel, bajo la regadera y con los ojos llenos de lágrimas Diana piensa en Víctor Noir y su amor que huele a tierra, a sol, no se violenta ni se pone a cuatro patas y tampoco

me penetra porque no quiere someterme y es el amor que yo prefiero. El agua escurre libremente sobre su cuerpo.

Se seca y mira su figura en el espejo con la curiosidad de una adolescente. Se detiene en la forma de su cuerpo sin ángulos: se complace en sus caderas anchas, en sus senos blandos, por primera vez le gusta su muslo deforme cuyo mapa dibuja con fidelidad, le parece, la historia de su vida. El haber hecho el amor con un hombre real, un hombre en cuyo pecho se puede escuchar el galope de la sangre le confiere un estatus que antes no tenía: de qué forma tan repentina me he transformado en un animal humano. Se yergue frente al espejo, ¿he dejado de ser un personaje de Diane Arbus? Su reflejo en el espejo le devuelve a una Diana hermosa, viva. Reconfortada, se viste y llama a Marie. ¿Puedo ir a la galería? dice en un tono de voz que mal disfraza su reciente conmoción. Me urge ver lo que has estado haciendo, sé que hay mucho trabajo pendiente.

La galería está cerrada, un portero abre y la reconoce. El lugar tiene un umbral amplio con una puerta dorada enmarcada en piedra gris; en el *lobby*, un enorme cartel anuncia la próxima inauguración de la exposición fotográfica de “Una mexicana que captura almas viejas en los cementerios”. El afiche en blanco y negro tiene como fondo a un ángel roto que deja ver su perfil de niño triste. Se detiene a mirarlo. Un ángel huérfano seguramente. Sobresalen las letras impresas en rojo sobre el fondo nostálgico y nuboso. Al ver la imagen del cartel se estremece recordando que ahora su madre habita ese lugar.

Da media vuelta y avanza hacia el salón principal cuyos muros blancos divididos en forma irregular muestran aquí y allá sus fotografías de gran formato, algunas ya colgando, otras recargadas sobre paredes a la espera de su turno para ser colocadas en alguna parte. Camina de prisa entre trabajadores que implementan lámparas, divisiones, pintan, clavetean y ella sigue de largo hacia la oficina de Marie. Tiene un gran deseo por verla, está segura que ella notará su transformación interior que siente evidenciada en cada uno de sus movimientos. Al abrir la puerta y como si fuera el reflejo de sí misma, encuentra en Marie a una mujer de belleza monumental, una mujer sin tiempo que la acoge en su totalidad, una mujer que usa su cuerpo con sabiduría. Se acerca a saludarla con un abrazo inusual.

Las dos mujeres se enfrascan en cuestiones de museografía, la conversación versa sobre asuntos que a Diana en realidad no le importan. Se le ha instalado de nuevo la falta de interés por la exposición. Su atención se centra en Marie: en los brazos pecosos como los de su madre, la relajada

redondez de los senos, el pelo canoso y largo de *hippie* que al acercarse no huele a pachuli pero no obstante lo evoca.

Ven, le dice Marie y la toma del brazo para hacer un recorrido por la galería. Hablan sin parar, Marie interrumpe de vez en cuando y suelta breves instrucciones a los trabajadores; Diana empieza a disfrutar el trayecto, recorre en su cabeza cada sitio que aparece en las imágenes cuyo tamaño natural la transporta y se imagina en esos lugares acompañada de Marie. Percibe el fascinante aroma a flores putrefactas, el sonido mate del aleteo de los pájaros, la atmósfera que nunca es triste, piensa, porque en ese subsuelo lleno de almas yace la entraña misma de la humanidad.

–Para valorar la vida hay que visitar panteones, Marie, ir a escuchar la sabiduría de su viento, leer epitafios más allá de nombres o fechas. Esas almas no tienen sangre ni cicatrices, son el sedimento de la vida.

Marie deja de hablar atenta a las palabras de su amiga quien le menciona la frase ritual de las parteras en los pueblos mexicanos al nacer un niño: “Ahora, nene, has empezado a morir” porque Marie, allá en México es bien sabido que el vivir es un viaje que inicia y termina en el inframundo.

\*\*\*

El trabajo de Diana consiste en determinar la secuencia de las fotografías, alinearlas en una narrativa que dirija la mente de cada espectador. Las dos mujeres se detienen frente a cada una de ellas y brota el relato tras la imagen. ¿Qué ves aquí, Marie? Un hermoso mausoleo fracturado –contesta– y mucha bruma. Por supuesto, los antiguos mexicas creían que sus difuntos se convertían en niebla.

Unos pasos adelante se detienen frente a una fotografía que muestra un sendero polvoso y a ambos lados tumbas y más tumbas que semejan animales mansos echados a la sombra de hileras de cipreses. Hay unas bancas de hierro donde, comienza a contarle a Marie, hay que sentarse a platicar con los muertos como se hacía en los funerales de los grandes dignatarios aztecas. Luego otra fotografía muestra una figura femenina: una Virgen o una madre con la expresión del rostro muy dulce porque el que ahí yace, dice Diana, seguramente no tuvo una muerte ordinaria, lo que hubiera sido mal augurio para la vida tras la vida.

Sin poder disimular su excitación se dirigen hacia otra imagen que exhibe un ángel de mármol sin cabeza de tamaño natural con unas enormes alas abiertas posado sobre una lápida. Este ser descabezado representa la libertad, la pureza, dice Diana, no hay mirada ni gestualidad que lo traicione. Diana continúa hablando en voz baja, un monólogo interior que le aclara la cabeza, empieza a sentir que la vida no puede ser perfecta sin cicatrices. Sólo un recién nacido carece de marcas. Trastabilla con un tablón del piso. La imperfección o la enfermedad siempre están presentes. Marie la toma del brazo y la invita a salir a la calle.

Caminan sin rumbo con las cabezas repletas de tumbas y de reflexiones sobre el sentido de la muerte. Se sientan una frente a la otra en la *Brasserie Lipp* rodeadas de hermosos azulejos de cerámica con loros y grullas y, luego de ordenar salchichas alsacianas, Diana empieza a relatarle su experiencia con Jean Claude: su imposibilidad de hacer contacto con ese cuerpo como si estuviera escindido de quien él realmente es. Todo esto pareciera confirmarle que un otro nos habita y esa voz que escuchamos en nuestro interior la escuchamos desde otro

yo que es realmente quien somos. Y yo me relacioné con ese Jean Claude, no con su cuerpo. Él no es su cuerpo. Siempre imaginé que hacer el amor era algo más puro, Marie, aunque no sé explicarte qué quiero decir con “puro”.

Hoy es el día, en un rato más se inaugura la exposición donde le otorgarán oficialmente el codiciado premio *Martín Chambi*. Diana amanece mucho antes que el sol, en el pecho le canta un pájaro y al llegar Marie a recogerla al hotel la encuentra hechizada por esa melodía interior. Abraza fuertemente a Marie porque hoy no es día para contenerse y al llegar a la galería mira todo con atención desconociendo esas fotografías. Empiezan a llegar los invitados: nuevos rostros, nuevos nombres de difícil pronunciación y aunque sabe que los va a olvidar de inmediato, intenta retenerlos en su cabeza como si eso fuera lo único que va a permanecer en su memoria de esa noche. Se acerca la gente de prensa que la inhibe. En realidad la inhibe casi todo lo que está sucediendo porque ella no pertenece a ese mundo. Esa otra realidad de mujeres bellas con piernas esbeltas e impolutas, hombres aplomados que manejan códigos indescifrables para ella.

La gente la sabe extranjera sin dominio del francés por lo que no conversan mucho con ella y, como si su extranjería no se relacionara con la geografía sino con un estado mental, le sonríen como a un bebé recién nacido que sólo es capaz de descifrar gestos. Sonríe insegura, con su falda de lana negra y una blusa bordada en Oaxaca con flores coloridas.

En el interior del recinto flota como avispero el rumor de las conversaciones. Al fondo del salón principal está una mesa larga para las personalidades que dirán unas palabras sobre la importancia del evento, presentarán a la fotógrafa extranjera que obtuvo este año el premio y rodeando el salón las imágenes que dan la impresión de que todo esto se encuentra dentro de un panteón de la exótica y lejana Ciudad de México. La

ceremonia da inicio y cuando el presentador dice las palabras: “fotografías que capturan almas”, Diana comprende de golpe que acaba de estallar un petardo mexicano al experimentar el poder de la fotografía: la responsabilidad de poseer una cámara. El pecho se le agranda y el corazón galopa acelerado, se siente empoderada porque se da cuenta que su trabajo no es sólo trabajo. Es el sentido de su vida y a partir de hoy puede decir: soy fotógrafa; antes de este día no sabía cómo describirse a sí misma. Descubre que uno es lo que hace.

Marie también dice unas palabras, un discurso demasiado apasionado. Diana la observa sin escuchar, se divierte imaginándola en un parque público en medio de una arenga de izquierda o tal vez en el centro de un mercado mexicano demandando a gritos que bajen el precio de los huevos. En el asiento a su lado, un hombre mayor de barba descuidada juguetea con un lápiz sobre el paño verde de la mesa, percibe la mirada de la fotógrafa y vuelve el rostro para sonreírle. Ella le regresa la sonrisa, sabe que el hombre es de su estirpe.

Luego le toca su turno a Diana y le acercan el micrófono. Busca a Jean Claude con la mirada y lo encuentra de pie al fondo del salón, recargado sobre una columna. Aún a esa distancia puede distinguir sus enormes ojos negros rodeados de una esclerótica amarilla, los hombros caídos y lacios de los que están en constante desafío. Es tan bello que casi podría amarlo de nuevo. Después de los agradecimientos, continúa: Las fotografías, dice, siempre mienten, nunca testimonian la realidad, sólo intentan interpretarla. No son certezas, son preguntas. Muestran la piel de lo fotografiado de la misma manera que el mar sólo deja ver su superficie ocultando el profundo universo que hay debajo. Igual que una escultura muestra exclusivamente formas y texturas, el alma que habita ese bronce o ese mármol no se ve, pero ahí está, latiendo,

dispuesta a hacerse evidente si nos atrevemos a creer en ella. Me parece que de ahí, de lo que no se ve a simple vista, surgen nuestros cuestionamientos más profundos. Yo los invito a observar estas imágenes que hoy les presento para que, cada uno de ustedes, abra sus propias preguntas.

La sala se llena de aplausos y, a pesar de su difícil francés mezclado con gestos y ademanes, el público parece que ha comprendido su pequeño discurso. De nuevo ve a Jean Claude inmóvil, serio. Impecable.

La ceremonia termina y la gente se levanta de sus asientos para hacer un recorrido por la galería. Surge un murmullo seco, de esos cuando no se puede hablar en voz alta como en un velorio, un rito sagrado o cuando el silencio es demasiado poderoso para intentar romperlo. Diana camina junto a Marie apoyada ligeramente en su brazo, quiere comportarse con la mayor naturalidad mientras siente cómo la sangre circula por su cuerpo y el calor se concentra en la pierna derecha. Dice que está cansada y Marie la conduce hacia un sillón. Permanecen sentadas mirando a la gente detenerse señalar retroceder y volver a acercarse a las enormes fotografías que remiten a la fotógrafa a un sitio reconfortante donde la pierna nada importa. Después de algunos minutos las amigas se ponen de pie y se integran a los invitados.

Jean Claude se acerca a ellas y Diana percibe un sutil malestar reforzado por la desenvuelta indiferencia con que lo ve caminar balanceando los brazos como si se encontrara en campo abierto. Te felicito, suelta al aire antes de besarle las mejillas ignorando por completo a Marie. Te estás haciendo famosa rápidamente. ¿Me acompañas a ver tus fotografías? Ella anhelaba este momento, le interesa mucho su opinión de experto. Pasan las primeras imágenes sin decir palabra, Jean Claude se detiene, observa con aparente minuciosidad

y sigue adelante. Diana, muy atenta, espera sus comentarios. Admira profundamente su labor profesional y, aunque sabe que será implacable, puede aprender mucho de él. Sus escasas palabras son ¿qué lente usaste aquí?, hubieras abierto un poco más el diafragma, olvidaste la regla de tres, frases que dejan ver su desaprobación. Y a final de cuentas, dime ¿qué quisiste decir con todo esto? No lo entiendo muy bien. Ella había entrenado esta conversación delante del espejo pero ya no la recuerda. Pues no sé exactamente, sólo buscaba mostrar lo extraordinario de lo ordinario. Pues no le veo lo extraordinario, pero no importa, lo que sí importa es que a partir de hoy deberás ser más exigente contigo misma. Este premio trae consigo una gran responsabilidad, ahora sí tendrás que sacar la casta. ¿Ya tienes algún nuevo proyecto? Diana se siente aligerada porque se trata de algo que no tiene que mostrarle justo ahora y contesta con animación: sí, me gustaría fotografiar un hospital de muñecas. Él la mira con frialdad de ojos de cuervo y saca su gel antibacterial. Interesante, le dice antes de tomarla de nuevo del brazo y seguir avanzando. A medida que caminan Diana va adquiriendo una indiferencia rosada y tranquilizante. Ninguno menciona la noche en que hicieron el amor. Lo mira de reojo y ve a un extraño que hace pocos días, después de hacerle el amor, se tumbó de espaldas desnudo junto a ella, extenuado como animal. Todo le parece demasiado tarde respecto a Jean Claude, no tendría sentido apretar su pecho contra él ni surcar su pelo con los dedos ni fotografiar sus manos. Ya no tiene nada que decirle.

Al día siguiente un periodista escribió: *El Prix Union Latin Martín Chambi* de este año correspondió a una interesante y enigmática serie sobre viejos cementerios mexicanos. Las imágenes de Diana Artigas que se exhiben en la Galería *Renoir*, evocan el velado desasosiego del trabajo de Diane

El exilio del cuerpo

Arbus: ambas tras los vencidos en el campo de batalla de la vida. Son fotografías llenas de espiritualidad que develan, bajo los escombros, el soplo de Dios. Los muertos alzan la voz, gritan; todavía huele a sangre.

La despierta el timbre del teléfono. Abre los ojos con lentitud, tratando de averiguar en dónde se encuentra. Mira sobre una silla su blusón bordado y regresan a su mente las emociones de la noche anterior: la alegría y el desconcierto, el pudor y la satisfacción: Jean Claude, Marie, México y sus muertos. Alarga la mano y descuelga el auricular. Es Marie quien le informa que tiene que acudir a la galería esa misma tarde y, sin dar más explicaciones, cuelga. Diana permanece en la cama con los ojos abiertos: no se hace preguntas, la función ha terminado. En unos cuantos días deberá regresar a México. Un México sin madre. Indiferente. Desafectado. Disfruta la inmovilidad en que se encuentra, no siente su cuerpo. Ella es sólo pensamiento. Fija la mirada en un punto del techo y decide no parpadear, después de unos instantes un escozor en los ojos le recuerda que aún habita ese cuerpo. Piensa en Víctor y su parálisis eterna, le parece humillante que alguien lo haya obligado a tenderse inmóvil para siempre. Como si nunca terminara de morir. Llega a la conclusión de que Víctor lleva mucho tiempo anhelando morir, a la espera de que alguien termine de matarlo. Diana cierra los ojos. Sigue sin moverse tumbada boca arriba flotando entre las sábanas. Recuerda la mano de Jean Claude palpando sus muslos y le vienen ganas de retroceder el tiempo para decir no.

\*\*\*

Al llegar a la galería se dirige a la oficina de Marie quien ya la espera junto al hombre de barba descuidada sentado a su lado durante la presentación.

¿Pero me está diciendo que quiere que trabaje para su revista? Le dice sin poder contener la alegría. El hombre asiente, nos interesa tenerla en nuestro grupo de fotógrafos, quiero que nos presente una serie sobre gente de la calle con énfasis en los rostros. Me gustó el encuadre de sus imágenes de cabezas de ángeles con esas zonas fuera de foco tan atinadas, en fin, su trabajo es magnífico. Si todo sale como lo espero este proyecto puede terminar en la edición de un libro. Cómo ve ¿le interesa? Anda, niña, le dice Marie, que no tienes mucho que pensar. Las amigas se miran y coinciden en que hay que decir sí. Por supuesto que acepto. Bien, aquí está mi tarjeta con mis datos, pase mañana a la oficina para presentarla, ver detalles, firmas, fechas y darle algunas de nuestras revistas *6mois* para que se familiarice con la orientación que le hemos dado al contenido. Es una publicación trimestral y tenemos un alto grado de calidad. Ya lo verá. Bienvenida al equipo.

Apenas cruza el señor Maillard el umbral de la oficina las amigas se abrazan dando gritos de contento, saltan como niñas y entonces la inoportuna punzada en la pierna y de nuevo la vergüenza pequeñita como si ocultara algo inconfesable. No quiere que Marie lo note y se suelta de los brazos de su amiga dejándose caer en el blando sofá tapizado de flores azules y violeta. Lo único que no sé cómo resolver es que nunca he tomado fotos de rostros, te confieso que me aterran los ojos, a través de la lente adquieren tal intensidad que voy a terminar en el diván de algún psicoanalista. Marie le sonrío: vas a poder hacerlo.

Diana y Marie van a festejar al *Café de Flore* en *Saint Germain*, un poco caro pero hoy se trata de algo especial. Ella hubiera querido compartir esto con su madre, con su padre, quiere imaginar lo orgullosos que estarían. Piensa en lo difícil que será fotografiar rostros, ojos, y le llegan a la cabeza los de

su padre aquella mañana en que murió. Lo ve tendido en el piso con la cabeza sangrando mirándola fijamente con negrura de ave y ella niña sabiendo que se moría. Aquél día no supo qué hacer, no podía correr y abrazarlo, levantarlo, que se subiera de nuevo a la barda y no volviera a caerse nunca más. Los ojos del padre eternamente abiertos, fijos en la niña negándose a cerrarse; ella ve cómo gradualmente van perdiendo su brillo y su intención. Entonces empieza a gritar y el grito se expande en su cabeza. Todo sucedió tan rápido, que Diana no recuerda detalles, solamente esos ojos monstruosos y luego el ulular de una sirena. Desde ese día los ojos no.

Marie, el proyecto que me pide Maillard es muy difícil. Tú sabes que no puedo fotografiar rostros ni ojos. No sé cómo fui tan atrevida al aceptar. Pero no imposible, Diana, tómate tu tiempo. Es más, te invito a vivir en mi casa, tengo una recámara libre, me harías un favor, en serio. A veces me siento muy sola. ¿No anhelabas quedarte en París? Pues ahora ya no hay pretextos, tienes todo para hacerlo: casa, trabajo y a esta amiga que te quiere. Marie le toma una mano mientras Diana se repite por dentro: y a esta amiga que te quiere y a esta amiga que te quiere.

Después de comer y celebrar con varias copas de vino las amigas se despiden. Diana tiene muchas cosas que hacer, dice, revisar papeles visas y demás que deberá llevar mañana a la oficina de Maillard, pero en realidad lo que tiene necesidad de hacer es ir al *Père-Lachaise* y contarle todo a Víctor.

Se apresura cuanto puede pero enseguida su pierna la obliga a disminuir el paso. Sabe que la pierna no es ella, es solamente una pierna y decide que no le importa, necesita ver a Víctor y retoma el trote por la banqueta adoquinada difícil de andar cuando se tiene una pierna averiada. Corre, si a eso

se le puede llamar correr, y al llegar a la esquina de la *Rue du Repos* ve a través de las puertas abiertas las tumbas rodeadas de ramajes amarillentos y ocres porque el otoño ha tomado de lleno la ciudad de los muertos y sólo de imaginarse dentro el corazón se aquieta.

A lo lejos ve cómo empiezan a cerrar las puertas, mira su reloj. Le da rabia y un coletazo de calor le sube a la cabeza, le vienen ganas de llorar pero no llora cierra el puño y golpea con fuerza su muslo derecho. Agotada, decide sentarse en plena acera. Se recarga contra el muro exterior del cementerio. El tiempo pasa lentamente mientras espera que el dolor vaya cediendo. Acostumbrada a lidiar con él, sabe que el reposo a veces lo vence y no siempre necesita un analgésico. Se instala en la paciencia con la pierna extendida y divaga imaginando a su Víctor allá adentro frío, tendido solitario vecino de Abelardo y Eloísa que eternamente se acompañan y entonces más solo todavía su Víctor. Y ella también sola, desolada ahí afuera porque no llegó a tiempo. Una pareja pasa a su lado y la mira con el rabillo del ojo pensando tal vez que quiere le tiren alguna moneda porque el hambre y esas cosas. Pero ella sólo espera. Conoce el significado de dar tiempo al tiempo para que haga su trabajo, lo conoce como si tuviera rostro con ojos imposibles de fotografiar y una rara inteligencia que coloca todo y a todos en su sitio. Permanece aletargada sin saber que tras esos muros se encuentra un Román belicoso. Tiene sueño, es hora de regresar al hotel. Piensa en pedirle a Marie la ayude a encontrar un médico para que revise su pierna.

En el camino trata de ordenar sus pensamientos. Se olvida de lo que tiene que resolver. Vuelve a pensar en Jean Claude y se acuerda de sus propios gestos en el sofá verde pasto, su pecho desnudo, el ligero temblor de sus manos que tuvo que dominar, el teléfono que sonó y que nadie contestó.

Las expectativas puestas en ese encuentro. Deja de pensar en su propia desilusión e intenta enfocarse en las heridas de Jean Claude. Tiene que admitir que ambos quedaron en pedazos.

\*\*\*

Marie llega temprano al hotel para llevarla a su casa e instalarla. Le ha preparado la pequeña habitación que fungía como estudio donde tendrá más privacidad y es muy iluminado. La amplia ventana a espaldas de la cama da a un edificio alto del mismo conjunto habitacional y entre ambos se abre un pequeño jardín comunal que no llega a calidad de parque pero contiene los árboles y el pasto suficientes para saber en qué estación del año se encuentra la ciudad. Colocan las maletas y se asoman ambas a la calle, Diana toma su Canon y clic los columpios infantiles a esta hora vacíos clic el perro color tierra que husmea un pequeño depósito de basura clic el árbol desnudo porque las hojas anaranjadas en el suelo. Se vuelve y encuentra a Marie de espaldas inclinada sobre la cama buscando algo en su bolso. La forma de sus hombros robustos se deja ver a pesar del suéter de lana, se detiene en las nalgas enormes formidables como si hubiera parido muchos hijos clic. Marie escucha el clic y se vuelve sonriente ¿ya vas a empezar?

Los ruidos urbanos suben en un murmullo de hormiguero al que rápido Diana se habitúa. Me voy a la galería, dice Marie, tú acomódate, aduéñate del lugar, sal a conocer el barrio y vengo por ti a la tarde para llevarte al médico. Me lo recomendaron ampliamente, añade, no me gusta que te esté doliendo esa pierna tan seguido y, sin esperar respuesta, toma su bolso de la cama y sale de prisa. Hay café en la cocina es lo último que escucha Diana y de inmediato le recuerda a su madre.

Permanece de pie con el alma sosegada, consciente de que este es el inicio de la vida que tanto había añorado: su madre reposando en el subsuelo mexicano sin más demandas que el recuerdo y ella en París: casa, trabajo, el afecto de su amiga, Víctor y todo esto no se desperdicia, piensa. Se siente cobijada. Esta mañana es realmente feliz.

En Diana insiste la necesidad de ver a Víctor y contarle, hacerle saber que no se irá, que su patria ahora es esta tierra, que su amor por él es para siempre porque ya conoció lo que es un hombre con músculos y sangre y detesta la insolencia con que invadió sus dentros.

Ya en el cementerio Román la mira aproximarse por el sendero y va hacia ella con pasos lentos cuyo sonido es tan discreto que no alcanza los oídos de ella. La figura del joven se desplaza acompañado tan sólo por su sombra que a esa hora de la mañana es alargada y perezosa. En una mano una cubeta de aluminio y en la otra el puño cerrado con intenciones imprecisas.

Ella parece más joven, más esbelta. Diana pasa a su lado y suelta un breve *bon jour* con una sonrisa que desnuda su encía superior. Esas simples cortesías que pueden hacer la vida de un solitario llevadera, en este momento no parecen tener ningún efecto en Román. Él sólo desea la cámara de Diana, la desea más que a la mujer misma.

La ligereza que Diana trae en el corazón de pronto se ensombrece por un dolor punzante en el muslo que la obliga a detener el paso e inclinar el cuerpo. Román se sorprende y corre a su lado antes de que se desplome. La sostiene con fuerza de un brazo. Pasan unos instantes largos donde algo ocurre. A Diana le incomoda la presión de esas manos. Un contacto tóxico. Se suelta del contacto de un Román confuso, torpe, que la encamina hacia una banca próxima. Se sientan uno al lado del otro y entonces la Canon y el bolso en el regazo. Mirando la cámara Román le dice, ¿eres fotógrafa? Como si quisiera iniciar una conversación de esas triviales que sostienen el vacío, aunque su mirada contradice el tono

casual. Sí. Y se siguen diciendo cosas aunque lo único que está sucediendo es que de ahora en adelante han dejado de ser dos extraños. Conversan en castellano, el idioma brotó espontáneamente, sin ninguna explicación, porque el hilo conductor de las almas es la lengua materna que casi dice lo que se quiere decir y el idioma francés para ambos es tan sólo el anhelo de haber nacido otros. Él le miente que se llama Víctor. Ella no quiere pensar, se deja llevar por la plática del joven desoyendo la furia de su pierna que se agita bajo la piel; intenta contar sus respiraciones para controlar más que el dolor, el miedo a ir a dar a una cama de hospital. Tratando de calmarse acaricia obsesiva la cámara sobre su regazo, se inclina como buscando algo en el suelo por la vergüenza de enfermarse ante un desconocido y el dolor amaina poco a poco entreverado con las palabras del joven que ha ido perdiendo la timidez y ahora hace preguntas sobre las fotografías que, supone, están escondidas en esa cámara. Diana le cuenta de aquello que mejor conoce, de sus fotos y porqué los rostros no. Lo cuenta casi como una confesión, una revelación de esas que sólo pueden hacerse a un extraño. Él se interesa en ese tema y ella le dice que los ojos nunca deben de fotografiarse porque es una manera de develar lo más oscuro de una persona y que al robar ese secreto, que es lo único que realmente individualiza a un ser humano, equivale a matarlo. Matar. El joven parece hechizado por esta mujer y el poder asesino de su cámara. Ella no sabe cómo es que está contándole esas cosas a un desconocido: lo más profundo de su amor por la fotografía: la cámara como el caramelo que ofrece un homicida antes de su crimen.

Diana intenta ponerse de pie pero el dolor se lo impide y vuelve a acomodarse en la banca invadida por la vergüenza de su fragilidad; Román-Víctor permanece a su lado. Se quedan

en silencio sin notar a un hombre que pasa a su lado y los mira de reojo. Ya de espaldas ella lo advierte y llama su atención la naturalidad de ese caminar en dos piernas que avanzan sincronizadas: derecha izquierda derecha izquierda. Clic. Clic.

Convencida de su dificultad para moverse toma su teléfono celular y llama a Marie. Le pide que venga por ella al cementerio, que su pierna y todo eso. Román escucha atento la breve conversación que cesa de pronto. Juntos esperan la llegada de Marie. Esperan rodeados de silencio.

Marie lleva a Diana al médico que le han recomendado. La sala de espera está llena de personas con muletas, sillas de ruedas, manos que sostienen sobres amarillos con radiografías que muestran lo que un ojo es incapaz de descubrir: huesos, sombras que dibujan músculos, imágenes fotográficas que poco se parecen a sus dueños: siluetas de ese otro yo que todos llevamos bajo la piel, piensa.

Los rostros dicen que tienen miedo. La recepcionista muestra una expresión profesional que seguramente transforma en cuanto termina su horario de trabajo.

Diana, igual que todos los que esperan su turno, también tiene miedo. Marie la conforta diciéndole que todo saldrá bien y ella se deja tranquilizar. Después de una corta espera las atiende el médico, un hombre mayor cuya frialdad las atemoriza. Diana le da los antecedentes del cáncer en el fémur y las cirugías, la prótesis y, luego de examinarla, mientras el médico da golpecitos inteligentes sobre el escritorio con su pluma, le explica los estudios que tendrá que hacerse lo antes posible porque parece que la prótesis se ha aflojado y si así fuera, pues entonces otra cirugía para colocar una nueva. Diana escucha con la cabeza llena de tristeza por el periodo de incapacidad que ella sabe implica esa operación. Depender de los demás para las cuestiones más triviales no es fácil. De pronto extraña a su mamá. Sale del consultorio del brazo de su amiga con el intenso deseo de volverse niña.

De vuelta en casa de Marie conversan el asunto y concluyen que hay que hacer lo que hay que hacer. Cuenta conmigo, Diana, que para eso están las amigas. Ella tiene ganas de estar

sola y va a su habitación. Se desnuda y se tiende sobre la cama sintiéndose la más indefensa y vulnerable del mundo, de pronto clic la pierna, la toca como si no la conociera clic clic a las viejas cicatrices. Clic. Una pierna que es de ella aunque la pierna no es ella, reflexiona, sino un sitio en el que habito y aunque la pierna me fuera amputada yo seguiré habitando el resto de este cuerpo que tampoco es totalmente yo porque sé que hay gente que no deja de ser gente aun sin piernas y sin brazos.

\*\*\*

En el transcurso de unos cuantos días se hace los estudios que el médico ha ordenado. Los hospitales le son tan familiares que domina sus rituales: cuándo y cómo se paga, en qué departamento se hace tal o cual estudio, la preparación previa que corresponde a cada examen, cuáles son con cita y cuáles no. Un universo cerrado que ha aprendido a dominar a través de su fémur.

La fecha indicada va por las radiografías y los resultados. Han sido días que ha vivido desafectada, sin pensar en nada como no sea la toma de analgésicos o el contrato que ha firmado con el señor Maillard. No ha regresado a ver a Víctor Noir ni al otro Víctor a quien quiere agradecer sus atenciones de aquel día pero en estos momentos no está para caminatas. Le intriga ese joven jardinero a quien no le va el nombre de Víctor porque para ella ese es un nombre de muerto. Le atrae su aspecto rudo y solitario, sus mejillas color tierra, su porte de hombre viejo sobre dos piernas largas. Quiere algún día fotografiar todo eso.

Llega sola a ver al médico con los estudios en la mano. No quiso que Marie la acompañara, lo que va a escuchar tendrá que digerirlo antes de ser compartido. O tal vez no sea nada serio, sólo contracturas musculares: reposo, calor local y de nuevo a echarse a andar. Nuevamente tiene miedo. Le sudan las manos, le tiembla el párpado izquierdo, respira hondo para vencer sus temores ante el doctor sentado frente a ella en actitud tan solemne.

\*\*\*

Al salir llama a Marie y la cita en una *brasserie* cercana. Le cuenta a su amiga que necesita una nueva prótesis y un trasplante de fémur. En las radiografías se ve que el pedazo de hueso que sirve de apoyo a la prótesis se ha desgastado y no aguantaría la colocación del nuevo metal, hay que ponerla sobre hueso saludable: un nuevo fémur ¿te das cuenta? Es una cirugía grande que me tendrá fuera de circulación un rato. Ha soltado estas palabras como si hablara de alguien más, no de ella. Marie la observa detenidamente y Diana habla sin parar. Poseer dentro de uno un pedazo de otro no es trivial. Es una especie de violación donde te insertan algo extraño que en realidad no deseas. Tienes que adoptar una actitud de dócil fatalidad. Pero hay violencia porque te abren el cuerpo con cuchillo, te desnudan por completo ven tus dentros como si fueras una res de rastro y tú entregada inconsciente por la anestesia hacen de ti lo que les viene en gana. Es profanar el cuerpo, desmembrarlo en retazos para armarlo de nuevo como un objeto mecánico reemplazable en sus partes. Lo

que más me aterra es darme cuenta de que los componentes de mi cuerpo son intercambiables. Todo esto lo dice Diana rápidamente, sin intersticios ni piedad. Marie se da cuenta de que nunca habían tocado ese tema. Diana continúa: y el muerto donde habitó ese fémur, ¿habrá dejado ahí parte de su ser?, ¿de su alma? Al convertirse en parte de mi cuerpo y ser regado por mi sangre ¿Qué mensajes me dará? ¿Incorporaré su manera de pensar, sus creencias, sus tristezas? ¿Me hará feliz lo mismo que a él? Es como tener un gemelo germinando dentro de mí y yo incapaz de parirlo y nuestros genes mezclándose mientras yo dejo de ser yo y me transformo en un nosotros.

No cesa de hablar, Marie la escucha sin pronunciar una palabra. No tiene nada que decir. Sólo la puede acompañar. ¿O tú que piensas? Se abre un pequeño silencio y la mexicana toma de nuevo la palabra que brota incontenible o no será, Marie, que esto del trasplante es demasiado y estoy sobrevalorando mi pierna y mi vida ¡Tan fácil que sería dejarme ir! Obedecer a la naturaleza que impone sus límites y sus cansancios. ¿Qué defendiendo? ¿Permanecer en este mundo a toda costa aunque sea convertida en un rompecabezas? Se vive para enfermarse. La muerte del cuerpo existe.

También se vive simplemente para vivir, Diana. Más vino, *garçon*.

PARTE DOS

EL CUERPO



*¿Por qué nadie habla de su cuerpo enfermo?  
Como si hubiera otra forma de vivir.  
La vida que transcurre en cada cuerpo  
no es toda la vida que contiene.  
El cuerpo es pequeño, insuficiente, lábil.  
Y quien lo habita enorme, eterno.  
Puro.*



¶ *ME DIJERON QUE EN UN RATO MÁS* entraré sin remedio a la anestesia y entregada como puta dejaré que hagan con mi cuerpo lo que quieran Un rumor de tambores en mi abdomen me hace saber que tengo miedo Unos hombres embozados de azul me colocarán en un camastro angosto y duro En el quirófano ya no soy yo soy una pierna pienso y eso siempre me da frío ¡Si al menos fuera un poco tibio! Aunque es cierto que me gusta la anestesia y su alquimia que me introduce a ese sueño artificial privado de imágenes oníricas porque mi inconsciente también duerme y cuando despierto no recuerdo nada gracias al anestesiólogo chamán que me mata y resucita y esta vez espero volver a nacer muy limpiamente Cuando llegue al quirófano sé que me espera el cirujano con el rostro cubierto como cualquier ladrón. Miraré solamente sus ojos él no sabe cuán importantes son porque será lo último que vea antes de morirme por un rato O para siempre Sus ojos de color café no tienen nada de especial sin embargo son ojos y me miran Al médico yo no le intereso Le interesa mi pierna Soy una pierna rosada que durante la cirugía sobresale entre un azul de sábanas desechables que mal imitan un mar Y yo desaparezco y mi fémur que no es fémur aparece en forma de una deslumbrante prótesis titanio que me permitirá caminar sin dolor y más que eso olvidar los días del cáncer Y con esto en la cabeza me entrego pienso que hay que confiar en alguien y cuando todo haya pasado y resucite podré recuperar el mundo y caminarlo con dos piernas.

\*\*\*

Todo transcurre con normalidad. La salida de la anestesia es suave, sin dolor, la pierna derecha inmovilizada cubierta con una cobija color miel, sin marcas de dobleces, perfecta. Diana abre los ojos y se da cuenta de que la cirugía ha pasado, tiene miedo de preguntar. No quiere alterar el ambiente apacible que la envuelve como si cualquier palabra pudiera romper el frágil cristal que la separa de los demonios de la realidad.

\*\*\*

*Despierto y todo es atractivo porque representa el regreso  
Regreso a no sé dónde pero a vida y me parece que puedo tocar el futuro con mi mano Y aunque no podré ponerme en pie durante un tiempo porque el fémur y esas cosas no importa pues mis ojos siguen viendo Tras un tiempo de espera pienso regresaré a ser quien realmente soy y recorreré las calles con mi cámara y sin ella desplazándome sobre dos piernas Cuánta ambición Tener dos piernas.*

\*\*\*

Lleva cinco días en el hospital tendida en la cama, flota en la habitación cuya luz neón es insuficiente para iluminar iluminarla; lo único que refulge obscenamente es el aluminio de la silla de ruedas que en un rincón espera a que Diana esté lista para montarse en ella mientras el hueso y la prótesis se ponen en condiciones de darle apoyo. Siente que empieza a formar parte integral de esa cama y la sábana blanca que la cubre: esa tela membrana que es renovada cada mañana y puesta sobre su cuerpo de cebolla a la espera de la siguiente renovación: una rutina blanda que no forma parte de la vida, piensa, la vida que sucede afuera, un afuera que se filtra desde

la ventana: una realidad sugerida por el fragmento de edificio que vislumbra desde su almohada, un cielo turbio, algunas ramas contrapunteadas con ruidos de ciudad. Todo esto testifica que el mundo no ha desaparecido, que sigue ahí abajo al alcance de dos piernas y no en esta habitación de un tercer piso donde no sucede nada de a de veras: el cuarto entero es una exigua escenografía y la enfermera y el médico y ella actuando como si el afuera no existiera.

Casi ha olvidado lo que es estar de pie, erguida, tener la altura suficiente para ignorar los pubis que son la carta de presentación de quien se para junto a su cama, sonrío imaginándolos desnudos y ella volviendo el rostro y entonces sólo una mueca porque sus ojos clavados en un cinturón un cierre o en el cuarto botón de una bata blanca. Ponerse en pie imposible: venoclisis en el brazo izquierdo por donde le introducen al cuerpo antibióticos y analgésicos, sonda a la vejiga que drena su orina a una bolsita colgada de algún lado, la pierna derecha enorme paralítica convertida en trapo de vendas color carne, todo eso depositado en una cama ortopédica con colchón y almohada de hule que la hacen sudar copiosamente a pesar del aire acondicionado. Una habitación pensada en la higiene y no en la comodidad de la paciente: aislarla a ella y a sus fluidos, que no contamine nada de seguro han de decir a sus espaldas, piensa, que no ensucie la cama de esta noble institución. Y ella y sus fluidos inoportunos persistentes vergonzosos, la asepsia que es incapaz de conservar porque, simplemente, está enferma.

Lo que la salva de no caer en la dramatización de sí misma es su cabeza que llena de imágenes que ha visto o que verá a través de la lente de su Canon y el registro fotográfico del proceso de su pierna clic clic clic que se escucha desde el pasillo hasta la central de enfermería. De esta manera el

futuro inmediato se torna brioso y lleno de matices que la obligan a abrir y cerrar la boca en la soledad absoluta de sus noches cuando ya no están Marie ni Jean Claude, y entonces articula palabras sin sonido llenas de resonancias interiores.

\*\*\*

*Soy una paciente paciente Llamo a la enfermera sólo para lo indispensable no me gusta acrecentar el trabajo del lugar quiero a toda costa pasar desapercibida para sentirme lo menos paciente posible lo menos avergonzada posible La enfermedad me avergüenza sin explicación pues qué ¿no es este el lugar correcto para estar enferma? Mi cabeza no acaba de aceptar el encontrarme en este extremo de indefensión necesitar de otro para actos tan simples y cotidianos como cambiar de posición lavarme los dientes defecar Pásame un vaso de agua alcánzame ese libro apágame la luz pienso Son mis metas a alcanzar un destino doméstico y fundamental De pronto entra la enfermera gorda como la mayoría pienso tienen exceso de medidas engañando con sus generosas carnes que de pronto sugieren cobijo materno Sin mirarme a los ojos me anuncia por órdenes de su médico sí usó esa palabra dejándome claro que ella no es la enferma le voy a retirar la sonda vesical El médico es dueño de mi cuerpo y de mi voluntad pienso porque no pregunta si quiero lo que él quiere que quiera en este momento preciso en que me disponía a dejar de leer cerrar los ojos y evadirme de esta realidad cruda y olorosa a formol de anfiteatro o a asilo de ancianos La enfermera suelta las palabras con absoluta libertad aún no conoce la vergüenza estoy segura la veo parada junto a mí ostentosa se pone unos guantes de látex que me anuncian que no quiere tocarme ni tocar mis nadas que provengan de mi cuerpo porque seguramente es algo sucio o contagioso o cómo explicar mi presencia justo este día*

*este momento en esta cama y en este hospital El hecho de que nadie me toque sin guantes justifica la vergüenza que vengo sintiendo desde que me supe adjetivada como enferma pienso descubro que es lógico porque algo muy mal debo tener en la cabeza para haber generado en mi fémur lo que generé hasta ir a caer en este sitio y ser atendida por enfermeras con sobrepeso que no se atreven a tomarme de la mano ni a hacerme una caricia Me vienen a la mente mis padres a quienes ya no puedo tomarles la mano y mamá que era una gran consoladora ¡Por Dios! extraño a mi mamá.*

*De ahora en adelante usará el bidé comúnmente llamado cómodo me dice la enfermera con una sonrisilla A pesar de la nueva imposición me alegro todo lo que sugiera ir recuperando funciones me pone de buen humor La enfermera retira la sábana membrana doble sus piernitas por favor me separa las piernotas con manos suaves pero firmes y con una maniobra rápida retira la sonda que se desliza suavemente desde mi vejiga hacia el exterior de mi cuerpo Me miro los vellos púbicos desgreñados sin pudor y me estremezco Clic Utilizo el bidé por vez primera difícil mis nalgas pesan como si fueran de plomo el receptáculo de plástico no aguanta el peso y se sumerge entre el colchón que no se mantiene estable se desplaza alternativamente a cada lado tengo que detenerlo con una mano y con la otra mantener el equilibrio agarrada al barandal de la cama que como una gran cuna me contiene dentro de ella para no caer y que todo se vaya por la borda Mi orina fluye lenta asustada ante esta nueva modalidad se resiste a salir pero la conmino a hacerlo será temporal verás sal de tu cueva y viértete en este sitio no importa mañana o pasado será en el pequeño mar de una taza de baño y entonces empieza a salir casi goteando temerosa estúpida y yo haciendo malabarismos para sostener la cosa en su lugar Con un timbre convenientemente dejado a mi alcance llamo a la*

*enfermera que con un nuevo par de guantes me retira el bidé y yo volviendo el rostro hacia otro lado por el rubor que no quiero que se note Acomodo mi cuerpo y su pierna sin fémur con esta nueva vergüenza en mi lista del día Quisiera ser de viento como los habitantes de los cementerios es el único lugar donde la enfermedad no existe donde la enfermedad siempre es pasado.*

\*\*\*

Una tarde se presenta de nuevo Jean Claude en el cuarto del hospital, amable pulcro interesado por su salud. La ha visitado varias veces. Ahora le trae de regalo una colonia en aerosol, ella le agradece el detalle la desenvuelve y un aroma a lavanda se esparce por toda la habitación. Tras unos minutos de plática anodina Jean Claude saca del bolsillo una pequeña botella con gel antibacterial ¿Gustas un poco? No gracias. Continúan conversando pero a la tercera vez que se pone gel Diana empieza a sentirse incómoda: no te preocupes que lo mío no es contagioso, le dice. Él sonrío mostrando una dentadura perfectamente blanca y lo sé, contesta, pero es que estar en un hospital pues más vale ¿no crees? Y con la nariz fruncida de aristócrata venido a menos vuelve a ponerse gel en ambas manos. Ella pasa de la incomodidad a la vergüenza y que mi pulcro amigo desaparezca, piensa, o mejor yo. Se reacomoda, toma la sábana que la cubre para subirla hasta sus hombros y ocultarse un poco cuando petrificada ve una mancha de orina: al utilizar el cómodo el líquido escurrió sobre la cama formando un pequeño mapa amarillento. Ruborizada vuelve la cabeza con rapidez de animal hacia su amigo esperando que no se haya dado cuenta. Jean Claude lo nota y se despide. Ella se alegra, confirma que pertenecen a tribus diferentes, la humana y la que no. Evoca la tarde en que hicieron el amor y

el absurdo olor a nada de su piel, el rechazo que sintió porque Jean Claude y su asepsia, Jean Claude y su gel, Jean Claude y su necesidad de no parecer humano.

Le vienen unas inmensas ganas de llorar, se contiene, traga saliva y, una vez más, extraña a su mamá.

La etapa de hospital ha sucedido muy rápidamente. Diana está de vuelta en casa de Marie quien la atiende como amiga de toda la vida, como madre amorosa. Antes de irse a trabajar le pone todo a la mano y entonces Diana sola y su silla de ruedas por toda la casa clic clic clic registrando cada rincón: la llave del lavabo las pantaletas recién lavadas colgando de la regadera un cojín bordado por indígenas de algún pueblo sudamericano las viejas chancletas el librero la cortina de cuentas clic. Todo le devela la personalidad de su amiga. Todo es nuevo, todo la sorprende. Intenta mantener al margen de su pensamiento la emoción indefinible que le va creciendo por Marie, piensa, una nunca sabe de qué más tendrá que avergonzarse un día.

Detesta las tardes con Jean Claude que llega a visitarla con su pálido cuerpo masculino y el gel antibacterial. De hombres, se dice, sólo Víctor. Y piensa en Víctor cada vez que ve a Jean Claude con su fineza que sabe artificial porque ya lo conoció en la cama y al animal que lo habita lo considera rudo y torpe y escenográfico. Diana intuye que Jean Claude pertenece a ese tipo de hombres que sólo quieren enamorar a las mujeres para luego abandonarlas. Él la trata como si no hubiera pasado nada, sus manos y su cuerpo se acercan a ella pero su mirada está vacía, lo mismo que su boca. Jean Claude sólo habla del clima, el trabajo, de lo que sucede afuera y Diana se siente incómoda en su presencia: un hombre incapaz de expresar lo que verdaderamente trae en la cabeza. A ella le hubiera gustado que él le dijera cómo vivió la noche en que hicieron el amor, por qué su asepsia, por qué todo y cuando le pregunta él contesta: qué bien la pasé. Quisiera tomarlo por

los hombros y sacudirlo para sacar el resentimiento que ve en esos condensados ojos negros.

Pero Jean Claude sigue visitándola de tarde en tarde, como si se dedicara a acumular desprecios. A la espera del momento oportuno para darle a Diana lo que considera el golpe de gracia: un adiós definitivo. Ignora que Diana hace tiempo que le dijo adiós.

\*\*\*

Una tarde en que Jean Claude está de visita la llama el señor Maillard para saber de su salud y Diana le propone cambiar la serie fotográfica sobre rostros de la calle por otra que se llame: Enfermedad. No es algo que tuviera planeado, simplemente le surgió la idea durante la conversación. Maillard aprueba con facilidad quizá porque de cualquier manera el otro proyecto tendría que posponerse hasta que ella se recuperara del todo. Me gusta esa idea, le dice. Échala a andar y hazme una propuesta fotográfica. Cuando cuelga el teléfono ella quiere dar brincos de alegría, si pudiera. Súbitamente, su propia enfermedad adquiere otro sentido, lo que antes era un lastre ahora es motivo de creación y le empiezan a llover ideas. Jean Claude, acércame la cámara y clic clic clic compulsivos a la pierna la silla de ruedas las grapas metálicas que muerden los bordes de la herida quirúrgica.

¿Vas a poner tu pierna en este proyecto? Le dice Jean Claude. Y ella contesta: quiero que quien vea una de estas fotografías se dé cuenta de que vive dentro de un cuerpo mudo y sordo a menos que aparezca alguna enfermedad. Fíjate, enfermarse puede ser una bendición, te hace consciente de muchas cosas que ignoras cuando estás sano, no solamente descubres tu cuerpo, descubres que tu cuerpo no eres tú.

Diana se da cuenta que Jean Claude se ha puesto serio, en su ya conocida actitud de desaprobación, él tan atento a mantener un disfraz de gentileza y pulcritud, se dice a sí misma. No le viene mal un poco de humanidad, concluye. Qué ¿no te gusta mi proyecto? Jean Claude no contesta de inmediato, se lleva el índice a la boca y finalmente cae en la trampa de Diana: ese es un tema difícil, a nadie le gusta mirar lo feo de la vida. Mejor piensa en hacer otra propuesta, algo más estético: árboles, paisajes, no seas tan oscura. Y además te van a pagar por eso, apenas puedo creerlo. Ella siente el latigazo de sus palabras, tengo la experiencia de la enfermedad. ¿No te parece suficiente? Ten cuidado, Diana, no es lo mismo extravagancia que morbo.

De repente Jean Claude se pone de pie, pasa con ansiedad una mano por sus cabellos y extrae del bolsillo del saco un gel antibacterial que distribuye en sus manos. ¿Qué se limpiará? se pregunta ella. Me voy Diana, creo que hoy no piensas con lucidez, los ojos de Jean Claude refulgen dentro de su apretado rostro de ave como si estuvieran a punto de estallar, otro día hablamos del tema. De camino a la puerta de salida Jean Claude toma una charola que tiene un frasco de alcohol y vendas enrolladas y sin dejar de mirar a su amiga, en un súbito arranque de ira la lanza al suelo y anda, ahora sí, para que tomes tus fotos maravillosas. Luego da media vuelta y azota la puerta tras de sí. Ella se queda estupefacta. Tras unos segundos de parálisis por la sorpresa se desplaza en su silla de ruedas y clic clic al estropicio que ha dejado Jean Claude. De lejos de cerca le molesta no poder tirarse al suelo para otra perspectiva y clic al pequeño caos antes de permitirse sentir algo. Cuando al fin está satisfecha descansa la cámara en el regazo, entrecierra los ojos y se pregunta qué siente por ese hombre. Alivio, se responde, alivio de que se haya ido. Para siempre.

Y fue creciendo el invierno y el afecto entre las dos mujeres porque uno no escapa a su destino, se dice Diana al observar los ojos de Marie cuando le trae café a su cuarto todas las mañanas antes de salir a trabajar. Cuando Marie vuelve por las noches la conversación es interminable, no necesitan a nadie más. El silencio entre ellas se ha tornado transparente y liviano. La pierna se fortalece poco a poco y Diana ha dejado la silla de ruedas, ahora usa muletas que le permiten mayor movilidad. Anda, le dice Marie, hoy vamos a pasear a la calle. Erguida en sus muletas en el umbral del edificio contra la luz rosada del invierno, Diana respira el aire frío que penetra todo su cuerpo revitalizándolo. Caminan una detrás de la otra. De pronto Diana le dice, ¿por qué no vamos al cementerio *Père-Lachaise*?

Las mujeres ignoran que el cementerio tiene entre sus habitantes fantasmales uno vivo que todas las tardes piensa en la fotografía. Román ha seguido con sus labores cuidando tumbas pero atiende en especial a Víctor como si se tratara de un vivo agonizante y quisiera evitar a toda costa que muriera definitivamente para que Diana regrese. La escultura reluce y el hombre de bronce, en su parálisis eterna, parece esperar junto a su cuidador a la mujer de la cámara que ostenta su cojera como una virtud. A la cámara que lo apresará y tal vez lo resucite.

Román está sentado sobre la tumba de Víctor, el rostro de los dos suspendidos en el tiempo, los ojos fijos en ninguna parte se parecen, con el tiempo han ido adquiriendo semejanzas sutiles como esos hermanos gemelos que han sido separados al nacer pero que al verse por primera vez se reconocen a través de las herméticas leyes de la genética.

Y la vida detenida como si ambos fueran de metal. El jardinero de panteón cada día que pasa se mueve con menos agilidad, envejeciendo prematuramente, enfermo de obsesión.

\*\*\*

Las amigas entran al cementerio al paso lento de las muletas que Diana ha bautizado: Paz y Ciencia porque no olvida sus días en silla de ruedas y conforme avanza entre los senderos piensa en cuántos de sus habitantes habrán usado muletas. Sabe que sólo los dioses no se enferman. Le viene a la cabeza el proyecto de Maillard y clic clic porque aquí yacen los vencidos por la enfermedad. Vuelve el rostro y mira a Marie: está contenta de tenerla cerca y de vivir en su casa como una familia que comparte la pasta de dientes los platos el televisor pues finalmente para eso se forma una familia, para decirle por la noche a alguien ya me voy a dormir, hasta mañana.

Recuerda que alguna vez tuvo otra familia: un padre y una madre. Le viene a la mente una mañana de domingo en que la llevaron a pasear al zoológico de Chapultepec. Papá y su cámara enfocando un enorme orangután pelirrojo que los miraba fijamente a través de un enorme cristal como si ellos fueran el verdadero espectáculo. Y se ve a sí misma caminando con muletas por el cementerio, atenta al suelo para evadir piedras y salientes peligrosas, formando parte de un nuevo espectáculo de zoológico, ahora que la enfermedad del cuerpo la ha vuelto más primaria, más esencia.

Intenta pisar las sombras de los árboles que se dibujan sobre el sendero, clic, luego inclina la cabeza en actitud de orar y piensa con intensidad en el amor que le tiene a los habitantes del subsuelo, espera de ellos alguna señal como la de aquel orangután pelirrojo de mirada casi humana. De

pronto le intriga su atracción por los muertos, y si es así, ¿por qué no me he dejado morir?, ¿por qué no cerré simplemente los ojos y dejé que mi cuerpo siguiera su destino?, ¿por qué busqué la curación cuando no hay refugio más seguro que la muerte? Esta tarde con Marie, en este lugar y con esta pierna, se siente capaz de morir en cualquier momento, apacible, entregada a la posibilidad del retorno a la estabilidad de la nada subterránea. Abre los ojos al sentir el brazo de Marie junto a ella, suspira y la invade un sentimiento de comunión con el universo como si todo estuviera en equilibrio. Pasan por la tumba de Víctor pero Diana no dice nada, no se detiene, Marie no entendería, piensa. Román las ve de lejos, frunce el entrecejo como tratando de explicarse por qué se aleja la fotógrafa.

Y Marie a su lado complaciente con sus silencios, sonriente, pensando en ella o, tal vez, en la lista del mercado.

\*\*\*

El paseo las ha puesto de muy buen humor. Ya de regreso en casa se sientan a la mesa de la cocina y entre bocado y bocado conversan y ríen y se tocan las manos, los brazos. El vino va entibiando la habitación y en cuanto empiezan los clic Marie se afloja y se mueve con soltura frente a la cámara de su amiga. Clic clic clic. La fotógrafa disfruta la actitud de su modelo y clic las sandalias negras los cabellos revueltos sobre sus hombros la pequeña verruga marrón en el cuello. Clic el vuelo de la falda al girar sobre las puntas de sus pies. Un sorbo más de vino, quieren brindar por la salud, por el trabajo que las ha unido, por el amor que ya se tienen. Marie continua moviéndose frente a la cámara cadenciosa y lenta como pez, luego agita los brazos abiertos como avestruz en celo, clic. De

pronto se acerca a Diana y pone su cabeza frente a la lente de la cámara: tórame la cara, anda, quiero saber cómo me ves, quien soy para ti. Diana baja la cámara, ya sabes que no puedo fotografiar rostros. No me digas eso a mí, por favor, soy yo, Marie, anda, atrévete. Diana cambia la lente de la cámara haciendo tiempo mientras discurre cómo evitarlo. Le viene a la mente el libro de fotografías de Pep Bonet que la desquiciara porque los ojos insoportables de esos niños africanos con sus pupilas inmensas a punto de reventar de miedo y de hambre y aquella mujer enferma de sida mirando a la cámara con ojos planos como los de su padre a punto de morir. Ojos como huevos reflejando la vulnerabilidad de la especie humana. Ese libro se lo regaló la tía Clemen en una Navidad, Diana tuvo que fingir agrado mientras hojeaba rápidamente el libro y las náuseas y el sudor y ¿cómo resistir la indigencia de los ojos? Nunca le gustó fotografiar rostros de frente porque todo el mundo posee dos ojos peligrosos que se abren llenos de desierto.

Ahora tiene a Marie tras la lente y Diana con la cámara desenfocada porque no se atreve a mirar ese rostro lleno de ojos. El bistori de su cámara es demasiado incisivo para aplicarlo a un ser querido, a nadie, se dice. Y Marie: apúrate querida que ahorita estoy de vena mañana quién sabe, Diana se siente atrapada: cierra los ojos y un clic rápido. Marie mueve la cabeza a un lado y otro sin despegar los ojos de la cámara y Diana clic clic clic fuera de foco, un foco ciego como los rostros de la Escuela *Milton Margai* para niños ciegos, de Bonet.

\*\*\*

Amanece tarde, Marie ya se ha ido a la galería y ha dejado una nota junto a la cafetera diciendo que volverá hasta la noche. Diana ha incursionado varios días por la ciudad merodeando hospitales parques paradas de autobuses. Estaciones del Metro repletas de carne para fotografiar. Diana decide que tiene material suficiente para la serie de fotografías de Maillard y se sienta a la computadora. Tiene un extenso archivo de donde elegir: el cuarto del hospital en tonos crema con la silla de ruedas pegada a la pared, los barandales de la cama, la ventana y su cielo blanquecino, el muslo con las cicatrices que trajera de México, su muslo vendado tras la última cirugía, su muslo lleno de grapas, su muslo sin grapas, su muslo su muslo su muslo. Y de repente cae en cuenta de que ella es su muslo, que todo en su vida gira alrededor de ese fragmento del cuerpo y en su cabeza la imagen fragmentada de sí misma como si para considerarse ser humano fuera indispensable tener un cuerpo íntegro.

Después de varias horas de trabajo tiene casi lista la primera selección que imprimirá para Maillard y su revista, aunque le parece inconclusa: tiene muchas ideas en la cabeza sobre cómo completar la serie Enfermedad. Necesitará salir a la calle para incluir otras manifestaciones de enfermedad e integrarlas a su trabajo. Salirse de los cuerpos para buscar heridas en los muros, los árboles, el mundo entero que palpita como materia viva, vulnerable, expuesta al deterioro por el simple hecho de existir.

Toma un taxi que la lleva a la Isla de la *Cité*. Se acomoda en una cafetería con mesas en la acera y desde ahí escudriña su alrededor: encuentra muchos elementos: un escalón roto la acera cuarteada una silla coja clic clic clic los zapatos del mesero el mimbre de la silla. Al terminar su café se dispone a deambular sin rumbo. Se le hace evidente que las muletas tienen el efecto de despertar simpatía en la gente: le sonríen,

le dan el paso. Avanza sin fijar la vista en nadie, atenta a la calle que le muestra los estragos de su propia enfermedad: paredes descarapeladas, fracturas, desgaste y decadencia como los de cualquier cuerpo vivo. ¿Habrá algo o alguien verdaderamente sano? ¿impecable? ¿impoluto? A simple vista no lo encuentra. Da vuelta en una esquina y aparece frente a ella la catedral de *Nôtre Dame*. Su majestuosidad la inmoviliza, vence su estupor y se dirige hacia la puerta principal donde percibe la oscuridad del interior llena de murmullos. Entra y contiene el aliento invadida por su propia insignificancia. El imponente espacio la remite a lo divino. Con la conmoción anudada al pecho tiene que bajar la vista y respirar profundo antes de poder mirar de nuevo ese cielo negro salpicado de colores por un enorme vitral. Tras unos instantes se acostumbra a la sacralidad del lugar y repara en lo acogedora que puede ser la penumbra. Con toda calma recorre la iglesia, advierte energías inaudibles pero rotundas como las de cualquier cementerio y, sentada frente a la capilla donde se diera un balazo la mexicana Rivas Mercado piensa que le gustaría haber escuchado aquella detonación. Observa con detenimiento las bóvedas los muros los Cristos, imágenes paráliticas de santos, bancas y baldosas viejas, todo con cicatrices de la enfermedad del tiempo. Clic clic clic. La enfermedad no es un quebranto, tampoco un defecto o una impureza: la enfermedad es la vida. De pronto le parece ridículo el tiempo que ha pasado intentando separarlas en una lucha perdida donde el exterminio de la enfermedad equivaldría a la muerte de lo vivo. No existen una sin la otra. Y yo, se dice a sí misma en voz alta, estoy viva. Mira sus manos, sus piernas, comprende que ella no es su cuerpo: su cuerpo es tan sólo la casa donde habita. Siente que París le regala un nuevo concepto de salud: mira sus muletas, clic, y le nace una ternura agradecida. Percibe una inesperada fortaleza

interior porque ha cesado para ella la batalla contra su propia humanidad.

Se sienta. Permanece mucho rato en esa banca de asiento desgastado. Al salir del recinto avanza solemne apoyada en sus muletas como abriendo un extraño desfile personal, convencida de que su cojera es tan sólo una manifestación de la finitud de su cuerpo: de la finitud del albergue donde ella se aloja de manera temporal. Cruza la puerta y la luz del sol golpea sin violencia su rostro, quiere gritar a todo pulmón: ¡No soy un cuerpo!

El señor Maillard está en su oficina frente a su escritorio, mira con mucha atención las fotografías del portafolios con la serie sobre La Enfermedad que le trajera la mexicana. Diana está frente a él, no se muestra ansiosa, toma pequeños sorbos del vaso de agua que le ha traído la secretaria. A un lado de ella descansa un bastón de madera, no tiene prisa, quiere que Maillard se tome su tiempo para ver su trabajo, desea fervientemente que sus fotografías sean capaces de mostrar lo que ella descubrió, no sólo su estética personal o su técnica, sino su intención. La intención para ella es todo porque es su punto de vista, la parte de su trabajo que más la apasiona porque le hace creer que tiene algo que decir. Le da la impresión de que el hombre revisa con excesiva curiosidad sus fotos y piensa cuánto de ella hay ahí, como si fuera ella misma quien estuviera siendo observada a través de la lente de su propia cámara.

El señor Maillard observa con lentitud las fotos, se detiene, se toma la barbilla y entrecierra los ojos antes de pasar a la siguiente. Algunas las aleja, las acerca. Su cara no deja ver aprobación ni rechazo. Es un cirujano concentrado en su trabajo, abriendo la piel de papel de cada fotografía, descubriendo las entrañas que subyacen en cada imagen.

El inicio de la serie se enfoca en lo humano: fragmentos de cuerpos con marcas de vejez o de enfermedad: un seno de Marie redondo y pesado, un pie con dedos artríticos, heridas nuevas, heridas viejas, arrugas, lunares, granos, marcas estampadas sobre pieles que adquieren su individualidad en lo imperfecto. Su muslo herido que no puede pertenecerle a nadie más que a ella, un muslo que la define y la distingue entre

todos los muslos del planeta. La enfermedad o la imperfección del cuerpo como única manera de individualizar a todo ser humano. Pensando en esto Diana se reacomoda en su asiento con más orgullo que antes, endereza su espalda y vuelve el rostro a su bastón.

La segunda parte de la serie contiene la enfermedad de los objetos: cafeteras abolladas, sillas sin respaldo, un solitario gancho de madera para colgar ropa: acercamientos impensables, imágenes desenfocadas, perspectivas absurdas, que dan a lo imperfecto una contundencia ineludible que explota en la cara del observador. Luego aparece el deterioro de las calles, escaleras, muros: la belleza del mundo que deja ver su historia: un mundo palpitante que nunca ha estado muerto.

El señor Maillard cierra el portafolios ruidosamente. Se quita los lentes, levanta la vista y se detiene en los ojos expectantes de Diana. Me encanta tu trabajo, es realmente magnífico.

Conversan sobre técnicas, fechas, asuntos de edición, etcétera. Diana casi no escucha, está tan contenta que lo único que se le ocurre es salir a la calle para abrir sus pulmones y dar el grito más grito que haya dado en su vida.

Ya de salida, de pie frente a la puerta, Maillard le dice: ah, casi lo olvido, la última foto está totalmente negra. ¿Algún problema de impresión? Tal vez no lo habías notado. Checa esto porque es muy importante el cierre de tu serie. ¿Ya la tienes? supongo. Mándamela lo antes posible. Diana contesta de inmediato: no, para mí la opacidad es un medio de expresión. Esa es la última de la serie: la enfermedad termina cuando llega la muerte y la muerte no se puede fotografiar.

\*\*\*

Diana sigue su vida al lado de Marie compartiendo la pasta de dientes los platos el baño. Ahora las buenas noches se las dan al oído en voz baja una junto a la otra. Diana se abandona a la amiga en una gozosa confusión que poco le importa: lo que sí le importa es amar a un otro: una mujer, un hombre de carne, un hombre de bronce, un perro, lo que sea porque un corazón solitario es demasiado sano.

La casa de Marie ha cambiado su atmósfera al instalarse un Nosotras en ella. Los olores son nuevos, el colorido, los objetos: como la foto del padre de Diana que no tiene rostro y que ahora cuelga en el pequeño estudio. Una foto que muestra una cicatriz del corazón de su madre. ¿Por qué tienes esa foto ahí? Le dijo un día Marie muy sorprendida de verla enmarcada y en un muro de la casa. Tienes muchas tan bellas, ¿por qué ésta? Y Diana contestó: como dijo Diane Arbus, la fotografía es un secreto sobre un secreto. Cuanto menos sabes, más te cuenta.

Por las mañanas Diana se mira al espejo complacida de parecer, cada día más, una modelo de Diane Arbus. Clic.

En su primer día sin bastón quiere visitar a Víctor Noir, mostrarse ante él como la mujer que es, una mujer que cojea porque la enfermedad la eligió para dejar su huella. Lo imagina escuchando desde abajo de la tierra, reconociendo el sonido irregular de sus pisadas que se acercan y cesan cuando ella se encuentra justo arriba de él y es entonces cuando Víctor es capaz de estremecerse al incorporar a su cuerpo de bronce ese hálito intangible que lo muestra como cuando carne y sangre.

Diana camina por el centro del sendero de grava con la cámara colgada al cuello: observa los tréboles que brotan porque sí sin que nadie los siembre, vuelve el rostro al cielo: uno que otro pájaro sobrevolando porque ya está cayendo la tarde, el sol alumbra sin calentar, todo se encuentra en su sitio exacto. Recuerda la escena del café de la mañana con Marie cuando tratando de disimular un mal presentimiento le preguntó a qué vas tanto al cementerio si ya tienes suficientes fotos de ese tema, hoy no vayas. Dicen que en miércoles es muy peligroso ir a un panteón. Diana ríe abiertamente, no cree en las premoniciones y sabe que su amiga es capaz de inventar lo que sea cuando tiene ganas de estar con ella.

\*\*\*

El rostro de Víctor resplandece con la luz de la tarde. Los rayos del sol inciden en su frente y sus mejillas dotándolo de un color parecido al de un moribundo hecho de carne. Por primera vez Diana se pregunta cómo es que siempre está tan pulcro, quién le trae flores frescas mientras sus vecinos están terrosos, sangrando hiedra por las grietas como si agonizaran tristes

porque no hay nadie quien los visite o los recuerde. Víctor Noir parece esperarla solamente a ella quien comprende lo que hay bajo los suelos de su tumba, con la certeza de que a él solamente se le murió el cuerpo. Diana se sienta sobre la base de piedra, acomoda su pierna con el fémur nuevo y detiene su mirada en el rostro de Víctor. Le toca el cabello buscando lo que antes encontraba, pasa su mano por las mejillas, lo percibe impasible, luego baja la palma hasta el pecho y la detiene: no palpita, no arranca. Se estremece como si tuviera ante ella a un muerto verdadero y le viene a la cabeza el día en que su madre igual de ausente y ella de pie al borde de aquella cama volviéndose más y más niña porque no sabe qué hacer ni qué sentir y luego la huida hacia la calle dejando atrás ese cuerpo en la misma posición de Víctor Noir. Se atraganta de palabras que traía preparadas para él: que si la cirugía y el pedazo de hueso que le donara un cojo desconocido que si Marie y se anuda la lengua entre los dientes porque Víctor no aparece. Su cuerpo se tensa y reacomoda su postura como si un misterio estuviera a punto de serle develado. Se mira a sí misma confusa, retira su mano con rapidez. Con movimientos impulsivos extrae la cámara del bolso y clic ¿me escuchas? clic ¡No me abandones! Clic. Luego la cámara sobre el regazo y el llanto a punto de brotar porque nadie ha acudido a su llamado. Afloja el cuerpo y cierra los ojos. De sus labios sale una palabra pequeña: Amén.

\*\*\*

Detrás de unos arbustos Román atisba, la ve desmadejada, cabizbaja. Esboza una mueca maliciosa. Levanta el rostro: mira al sol atorado en un cielo rojizo. Luego detiene su mirada en Víctor y Diana, inmóviles uno junto al otro como si fueran un mismo cadáver.

Ve cómo ella levanta la cámara y la dirige directamente al rostro de Víctor. Escucha el clic clic clic que a esa distancia es un quejido. Imagina la imagen capturada y vuelve a desear intensamente esa cámara, esa y no otra porque esa es la que guarda en sus entrañas a la muerte. Nunca rostros vivos, solamente cadáveres. Le había dicho Diana aquella tarde.

\*\*\*

Diana no se engaña, sabe que está viviendo algo trascendente para ella porque no puede vivir sin el amor de ese hombre. Ese hombre que es todos los hombres, que no abandona, no desaparece. No muere. Pero en estos momentos, inexplicablemente, Víctor agoniza. No responde. Le viene a la cabeza su madre moribunda y ella hablándole en vano al oído, tocándola para que resucite y la vieja muriendo más y más, irremediable.

Lentamente se va hundiendo en el pantano de la confusión. Ha dejado de pensar. Toma la cámara que cuelga de su cuello y como si fuera un arma apunta directamente hacia el rostro de Víctor cuyos ojos parecieran abiertos desde siempre a la espera de este instante. Clic. Comprende que Víctor ya no está: la lente le muestra unos ojos vacíos. Víctor ya no agoniza. Ha muerto. Ha alcanzado el estado de salud.

Permanece sentada. Le surge una tristeza sin brida como si todos los muertos del mundo acabaran de morir. Trata de imaginar lo que es la muerte y la reanima la visión del lugar más plácido y estable: un sitio donde Víctor y sus padres y todos habitando cuerpos de aire, sin sangre ni dolor.

No escucha el crujir de los pasos de Román, de pronto siente a sus espaldas una presencia, vuelve el rostro y ve la figura conocida del jardinero. No se alarma, sabe quién es. Además, en estos momentos nada la disturba, su mente absorta en la opacidad de sus pensamientos. Súbitamente el hombre se lanza tratando de arrebatarse la cámara y Diana es arrojada al suelo con violencia, ella no suelta la Canon que aferra con ambas manos en un automatismo instintivo que provoca que la correa se barra sobre la piel quemando su cuello. Román está de pie con las piernas abiertas sobre ella jalando la banda, tirando con fuerza, intentando desprender la cámara del cuerpo de Diana que está tendido boca arriba con el rostro desfigurado por el esfuerzo. Ella da un enérgico tirón de la correa y Román cae estrepitosamente, ruedan entre el polvo en un abrazo estridente y furibundo de animales salvajes hasta que Román, en un giro impredecible, golpea su cabeza contra el filo de la tumba de Víctor. Diana se tensa aún más: el hombre se desploma sobre ella. El tiempo se detiene y en ese instante se percata del silencio que los rodea: solamente escucha la respiración ahogada de Román, ese jadeo inútil cuando el alma se empieza a desanudar. Logra liberarse y se incorpora con dificultad. Un árbol mudo muestra sus hojas amarillas. Víctor en su tumba embrutecido en su dormir de bronce. El sol de las cuatro de la tarde.

Diana contempla a Román: el cuerpo inmóvil en su muerte adosado al piso en una postura lacia y apacible. Los ojos vacíos fijos en un cielo que no responde. Unos hermosos pómulos elevados. La piel pura. Una mancha de sangre creciendo bajo su cabeza mapeando la tierra en un dibujo misterioso e indescifrable. Clic clic clic.

# EL EXILIO DEL CUERPO

de María Esther Núñez, se terminó de imprimir en agosto de 2016 en CIGOME, S.A. de C.V. El tiraje consta de 400 ejemplares. Coordinación editorial: Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Judith Madrid Hernández. Formación y diseño: Eva Laura Rojas Almazán. Diseño de portada: Mayra Flores Mercado.

*Editora responsable:*

GABRIELA LARA



Fotografía: Vicente Alonso



**MARÍA ESTHER NÚÑEZ**, Nació en la Ciudad de México donde cursó estudios de medicina y dos especialidades: psiquiatría y anestesiología, para finalmente dedicarse a la literatura. Realizó un diplomado en Estudios Literarios en la Universidad Iberoamericana y ha tomado talleres literarios con Elena Poniatowska, José Luis Rico, Ricardo Diazmuñoz, Eusebio Ruvalcaba, Carlos Olivares Baró, Daniel Sada, Rosa Beltrán, Adriana Jiménez, Alberto Vital, Agustín Cadena y Agustín Monsreal. Ha colaborado con cuentos, poesía y reseñas de libros en revistas independientes y ha participado en varias antologías de poesía y cuento. Tiene publicado el libro testimonial *Locutores en Acción*, Times Editores, México, 1998 y la novela *Silencio Rojo*, Alcalá Ediciones, España, 2008. Obtuvo el primer lugar del concurso de cuento Elena Poniatowska, 2001 y el V Premio Internacional de Narrativa Siglo XXI-UNAM-Colegio de Sinaloa, 2008, con el libro de cuentos *Amores tóxicos*.

## EL EXILIO DEL CUERPO

¶ Una novela que sigue el devaneo existencial de una fotógrafa por diversos rincones y calles de París. Gran admiradora de Diane Arbus. Diana, la protagonista, quiere continuar el camino de dicha artista estadounidense y se embarca en una indagación visual del cuerpo desde una perspectiva marginal y mórbida. Uno de los mayores logros del libro es la manera en que la búsqueda llamémosle espiritual de Diana, exiliada *motu proprio* de su país, empieza a correr paralelamente a un interés cada vez más obsesivo por las rutas torcidas de la enfermedad y la muerte.

*Mauricio Montiel Figueras, México*

¶ Una historia bien narrada, con un uso maduro de las herramientas del novelista. La recreación de un mundo peculiar, en que se mezclan los recuerdos de personas fallecidas, la pasión de la protagonista-narradora por la fotografía, los viajes, y cierta visión personal de la muerte, hacen de *El exilio del cuerpo* un texto de gran interés y a su autora, merecedora de atenta consideración. Las fotos sacadas en el cementerio Père Lachaise de París simbolizan de alguna manera la conjunción del interés por el mundo de los muertos y su afición por las imágenes.

*Diego Simini, Italia*

¶ La obra impone una mirada femenina entre la madre que muestra agonía y el despertar que surge en la hija. Se muestran paralelismos de casos biográficos, al aparecer una joven mexicana. Gracias al lenguaje propio de la fotografía se le da identidad; una búsqueda de voz que vuelve sólida a esta obra.

*Doménico Chiappe, Perú*

¶ La obra me atrapó. Es un muy buen trabajo.

*Rodolfo Santuyo, Uruguay*

